

EL BORDE DE SU MANTO

EL BORDE DE SU MANTO

Autobiografía de Virginia Brandt

EL BORDE DE SU MANTO



Autobiografía de

VIRGINIA BRANDT

El borde de Su manto

"En las montañas Blue Ridge de Virginia"

Había un predicador ambulante que recorría los senderos de las montañas Blue Ridge publicando el evangelio. Desde Ronsevert, Virginia del Oeste, hasta Old Point Comfort, en la costa este, y pasando por Valley Forge y Roanoke, contaba el "antiguo relato". A pesar de que amaba las colinas de Virginia y a la gente hospitalaria de aquella región, era joven y ambicioso, y a menudo soñaba con una iglesia grande en la que pudiera predicar a multitudes de personas y ver cumplidas sus ilusiones. Asimismo tenía pensado ser escritor en el futuro, para llegar a los corazones de la gente no solamente con mensajes hablados, sino también escritos. Este hombre se llamaba John, y, como el discípulo amado, anhelaba más que nada complacer a su Maestro y entregar su vida al máximo a Su servicio.

Tenía delante muchos obstáculos, pruebas severísimas, sacrificios inmensos y auténtica pobreza; y todo esto en aquel tiempo en que la iglesia rural y de pueblo daba para vivir con las justas a los tradicionales predicadores ambulantes. Pero este joven tenía una voluntad indómita, un valor inmarcesible y una firme determinación, todo ello a consecuencia del durísimo trabajo que había tenido que realizar siendo un hijo de campesino y de las penalidades y miserias que había tenido que sufrir en una vieja granja de Ohio. Fueron precisamente esas cualidades, junto con su fe en Dios y la oración, las que le llevaron —igual que a muchos otros chicos campesinos que tenían los mismos obstáculos que vencer— desde la obscura granja a la realización de sus sueños. Hoy en día, si tomas un libro muy conocido, "Who's Who in America" (Quién es Quién en EE.UU.) y deslizas lentamente tu dedo por la página de la letra "B", encontrarás su apellido, Brandt, y después el nombre, John Lincoln. *Véase la nota al pie de la página.

NOTA: Sacada del tomo correspondiente a 1933 de "Quién es Quién en EE.UU."

BRANDT, JOHN LINCOLN:

Pastor, orador, ministro ordenado por la Iglesia de los (Discípulos) Cristianos; pastorados: Denver, Terre Haute, Toledo, Valparaíso, St. Louis, Muskogee, Oklahoma, Iglesia Catedral de Cristo, Melbourne, en Australia. Ahora pastor de la Iglesia Cristiana de N. Vermont, Los Angeles, conferenciante; ha viajado mucho, masón. Obras: La cena del Señor 1888, Momentos decisivos de la vida 1890, El matrimonio y el hogar 1892, Lo falso y lo verdadero 1893, Sermones que salvan almas 1895, La supremacía anglosajona 1915, Importantes cuestiones bíblicas 1926, Encontrar a Cristo 1939. Capitán Jack. Autor de artículos para revistas y periódicos religiosos.

Mas este libro trata de la historia que empezó cuando en aquella época de Blue Ridge nació en la casa del joven predicador ambulante una niñita pequeñita, tan pequeñita que no pesó muchos kilos. Esa niñita fui yo, que nací en Ronsevert, Virginia del Oeste; e igual que en aquel entonces era un trocito de vida muy pequeñito, igual de pequeña me siento actualmente según mi propio juicio, ahora que escribo la historia de mi vida. Yo no me hubiera puesto a hablarte de esta historia si se tratara efectivamente de MI vida; pero resulta que voy a tratar de otra Vida, ¡que es tan hermosa, tan maravillosa y tan sin igual que nada más pensar en la oportunidad que tengo de hablarte de la maravilla que hizo El, me emociono! Esa otra Vida a la que me refiero es la Vida Divina del incomparable Cristo, quien dijo que "vino para que tengamos vida, y para que la tengamos en abundancia." Este maravilloso Cristo de gloria, que se paró tantas veces en el camino de Jerusalén para consolar o tocar a los más pobres y humildes de entre los hombres, se paró un día ante mi puerta y se inclinó para tocar mi cuerpo que estaba abatido y quebrantado.

¡Maravilla de maravillas es que El cuide hasta del más pequeño! ¡Un milagro de la Compasión divina que se incline para llegar a lo más bajo! ¡Maravilla de los siglos que nos ame tanto! ¡Y eterna maravilla que siendo pecadores, Cristo muriera por nosotros! Este Altísimo y Santo, este Hombre Amoroso, un día se inclinó mucho desde la Gloria, y llegó a tocar mi vida rota y arruinada y mi cuerpo agonizante y doliente, y los transformó a los dos para siempre por un milagro de gracia.

Igual que se alaba el sacrificio y la valentía del que hace un rescate extraordinario y es él quien recibe el honor y la estima mientras que en el rescatado sólo se piensa por un momento, asimismo, al leer este libro, piensa en el extraordinario Salvador y en Su amor maravilloso, y no pienses por favor en el nombre y la vida de la rescatada sino de pasada. ¡Toda la gloria sea para Su nombre!

“La mañana de Navidad”

(24 años más tarde)

Era la mañana de Navidad y el hospital rebosaba de vida, estaba repleto de visitantes y se sentía por todas partes la ilusión. Había algunos que se iban a su casa, otros saludaban alegremente a familiares suyos que habían venido desde muy lejos para pasar estos días de fiesta con los enfermos. Yo, recostada en unos almohadones, le suplicaba al doctor que me dejara ir a casa para la Navidad. "De verdad que no quiero que se vaya a casa hasta dentro de unos días, porque todavía está muy débil", dijo. "Ha pasado una prueba dura. Debe cuidarse por amor de la visita que ahora depende de usted." "Pero es Navidad, y si estoy en el hospital no me paecerá que lo sea; le prometo que tendré mucho cuidado, pero por favor, déjeme ir esta mañana." Y después de mucho rogarle, el doctor, aunque no era lo que él consideraba lo más razonable, dio órdenes de que me alistaran para marchar.

¡Sólo de pensar en mi casa, mi esposo y la Navidad me sentí embargada de emoción! Yo había bajado al valle de sombras en el que tantas madres han estado, y arrebatando esta pequeña vida, había vuelto rebosante de gozo porque Dios me había dado un hijo. Ese bultito calentito y querido que tenía a mi lado mismo descansando era mío, y podía llevármelo a casa conmigo. De ahora en adelante la casa resultaría muy diferente. De todas formas me encantaba, porque mi esposo y yo éramos muy felices, pero con el bebé parecería una auténtica familia. Y los vecinos nos habían preparado la comida de Navidad. Habían dicho que para cuando llegara ya la tendrían lista. De verdad que era demasiado bonito para ser verdad, y aquel día de Navidad era espléndido. Cuando me sacaron por la puerta del hospital para colocarme en el auto (porque todavía estaba demasiado débil para andar), me pareció que nunca había visto un día de Navidad tan bonito. El suelo estaba cubierto con un manto tupido de nieve, y yo comenté maravillada algo sobre la hermosura de los árboles, cuyas ramas, cargadas de nieve, brillaban resplandecientes por la luz del sol. Al salir al aire libre y sentir su frescor, me sentí más fuerte. Miraba el mundo con otros ojos, con nuevas esperanzas y una nueva alegría. Era maravilloso estar viva, y tener además la alegría añadida de mi nuevo tesoro era casi más de lo que yo podía resistir. ¡Y encima era el día de Navidad! A mí siempre me había gustado el día de Navidad más que ningún otro. ¡Y en casa! Ya casi habíamos llegado, acabábamos de avistar la casa, ¡qué gusto daba verla!

¡Mas Dios obra de una manera muy extraña! "Sus caminos no son nuestros caminos, y Sus pensamientos no son nuestros pensamientos." "El obra Sus maravillas de una forma misteriosa; deja sus huellas en el mar y domina hasta la tormenta más fogosa." "Porque como son más altos los cielos que la tie-

rra, así son Sus caminos más altos que nuestros caminos, y Sus pensamientos más que nuestros pensamientos."

La tragedia puede cruzarse de una forma repentina e inesperada en el camino de la vida. En un momento determinado, el sol luce su resplandor, y al instante siguiente, se esconde detrás de una nube de tormenta, y de repente el mundo entero se vuelve gris y oscuro. Sobre aquella alegría maravillosa que sentía en el corazón y la belleza de aquellas Navidades centelleantes, cayó repentinamente una sombra tan oscura y que duró tanto que nubló y frustró los años que siguieron.

Resultó que cuando ya se veía la casita, ya casi habíamos llegado, se produjo un accidente. Salí lanzada y di con la espalda en la piedra del bordillo, y se me rompió por dos sitios. Todos nos quedamos aturdidos durante un momento, y asustados, y me llevaron a cuestras hasta la cama donde quedé tendida. Los amigos, que vinieron corriendo, estaban muy nerviosos, y mi esposo, tan amoroso, muy preocupado. Se oían voces y quien mandaba callar, y después de unas horas, el diagnóstico del doctor. Lo pronunció de una forma tranquila y profesional, pero con un tinte de tristeza que llegó como un viento helado hasta lo más profundo de mi corazón y consiguió que cada una de las palabras se quedara grabada en mi memoria con precisión glacial, como congeladas:

"Está paralizada de la cintura para abajo. En esa parte no he podido hallar ningún reflejo. Por este examen superficial diría que tiene la columna rota, pero sólo con una radiografía se podrá saber exacta y verdaderamente en qué consiste la lesión. Comparto sinceramente su dolor, y haré todo lo que pueda por ayudarle, pero creo que lo que podemos hacer es muy poco. Hay una posibilidad entre mil, y resulta peligrosa; ya le diré más después de la radiografía. ¡Buenas tardes!" Y se cerró la puerta. Me quedé sola en la pequeña habitación, con mi cuerpo roto, mis esperanzas deshechas y mi corazón destrozado. Llegaban a mis oídos los susurros apagados de los amigos que hablaban nerviosamente de lo ocurrido en el comedor. Mi esposo, apesadumbrado y pálido, se había ido a buscar algo que necesitábamos. Una enfermera se inclinó y me dijo amablemente: "El niño llora, ¿lo traigo?" Yo asentí con la cabeza, porque me daba la impresión de que si abriera mis labios, aunque sólo fuera para pronunciar una palabra, el torrente de mi pena destrozaría y haría pedazos mi doliente cuerpo. Lo trajo y lo acostó a mi lado, el mismo bultito blandido y calentito de antes; pero yo ya no sentía alegría.

Callada y pálida, y fría como la nieve que me había saludado aquella maravillosa mañana de Navidad, yacía yo mirando fijamente hacia el techo; insensible y aturdida, y sin dejar de oír en mi mente el parte del doctor. El bultito se movió de repente, después of un débil llanto que hizo eco en mi corazón, y entonces llegó el alivio bendito de las lágrimas, un torrente de lágrimas que siguió fluyendo durante un

período de cinco años, los cinco años que siguieron que estuvieron llenos de terrible pena, sufrimiento y quebranto de corazón, años de dolor interminable, de aislamiento y soledad, años que parecían interminables por la falta de esperanza y la desesperación.

AL LECTOR: Te ruego que no dejes de leer la siguiente nota. Es sumamente importante para el que lea esta historia.

NOTA: Quisiera manifestar lo siguiente respecto al estado de la Sra. B. y a la operación que sufrió, como testigo presencial:

Por las radiografías habíamos descubierto que la columna se había roto por dos sitios, y que las vértebras rotas desplazadas hacían presión sobre la médula espinal. Yo estuve presente en el quirófano durante la operación que realizaron los médicos en la espalda. Había allí nueve médicos y cirujanos. El que operaba era el Dr. Oliver Fay, un conocido especialista muy hábil. Otros le ayudaban y otros habían ido de observadores, porque era una operación bastante fuera de lo normal. Practicaron en su espalda una incisión de más de 30 cm., y con un martillo y un cincel de cirujano retiraron a base de cortes todo el hueso que recubría la médula espinal en una porción de más de 20 cm. De modo que quitaron los elementos de la parte superior y dejaron al descubierto la médula espinal en ese trozo. Durante los meses que siguieron, ella tuvo que yacer totalmente inmóvil hasta que se volvió a reproducir cartílago por encima de la médula espinal. (Actualmente, la Sra. B. no tiene hueso en ese trozo de la médula (20 cm.), que está cubierto únicamente por cartílago.)

El resultado de las operaciones, gracias a la magnífica destreza de los cirujanos y a la atención médica singular que le prestaron, fue que la parte inferior del cuerpo de la Sra. B. revivió en parte después de la parálisis; pero la operación le produjo un shock tan grande, debido a que su organismo estaba ya débil de por sí, que sufrió un colapso total, y tardó meses en recuperarse de los efectos de la operación. Luego siguieron cinco años de invalidez, durante los cuales la cuidé yo, con la ayuda de otras personas. Se le presentó una angina de corazón aguda, que es una enfermedad que la profesión médica considera incurable y que hace sufrir muchísimo al que la padece. Ya de antes tenía estenosis mitral y aórtica (enfermedad de las válvulas del corazón). Muchas veces me senté a su lado, tomándole el pulso con los dedos, y sólo sentía dos o tres latidos de cada cinco, y hacia el final, cuando se debilitó tanto, fueron más veces de las que yo pueda recordar ahora las que palpé sin sentir su pulso en absoluto durante muchos segundos seguidos. Su estómago llegó a estar totalmente ensalivado, y los intestinos paralizados parcialmente.

Durante una época bastante larga la alimentamos con un tubito, porque no podía tragar. Había contraído una enfermedad pulmonar muy grave y el lóbulo derecho del pulmón ya casi no existía. En la parte derecha de la nuca tenía un bulto muy grande, debajo del cerebelo, una lesión que producía alguna interferencia de forma que cuando movía la cabeza para un lado, quedaba inconsciente. La condición empeoró a medida que ella se fue debilitando. Al final no podía mover la cabeza en ningún sentido. En las encías tenía una piorrea aguda, que las hacía inflamadas e hinchadas, y casi todos los dientes los tenía sueltos. Con la excepción de algunos días muy distanciados unos de otros, no podía comer nada, y le dábamos alimentos diluidos por un tubito.

Durante el último año de su invalidez estuvo totalmente parálitica del lado derecho y tendida sobre unos cojines de gomaespuma totalmente imposibilitada. Se estaba volviendo ciega muy rápidamente, y lo que la

mantenía con vida eran los estimulantes. Era una inválida impotente y desahuciada, que se pasaba la vida tendida en cojines de gomaespuma y de tanto que adelgazó se quedó en 30 kilos, con la cara totalmente demacrada. Al final estaba casi continuamente inconsciente, por lo mucho que sufría; era un caso perdido. Los médicos no le daban ninguna esperanza. No se le podía ni dar la vuelta en una sábana, para que descansara la espalda, porque cuando se volvía de lado, aunque no fueran sino uno o dos segundos, el corazón dejaba de latir poco a poco, y una vez llegó a pararse, cuando nos arriesgamos demasiado.

Yo la llevé en camilla al sanatorio de Battle Creek, y de la misma forma a un especialista del corazón de St. Louis, Missouri; y luego llegamos hasta Corpus Christi, en Texas, todavía en camilla. De allí fuimos a San Francisco, California, donde decidimos llevarla a un lugar tranquilo donde pudiera pasar sus últimos días de agonía porque iba empeorando sin remedio, y todos los médicos estaban totalmente de acuerdo en que donde fuera que la lleváramos, no nos darían la más mínima esperanza, porque no había nada que ellos pudieran hacer.

Fue en la casita parroquial de la Primera Iglesia Cristiana de Ukiah, California, de la que yo era pastor, donde esperamos el desenlace. Cuando llegamos a Ukiah, la condición de la Sra. B. mejoró tanto que empezamos a tener esperanzas de que recobrase la salud; pero luego tuvo una recaída repentina y después de aquello su estado se volvió más grave que nunca. Los médicos dijeron que ya no faltaba mucho, y estuvieron de acuerdo en que había sido casi un milagro el que su vida se hubiera prolongado tanto. Durante todos esos años ella recibió la mejor atención médica que existía y los doctores no dudaron en decirme que el caso de la Sra. B. había llegado más lejos de lo que alcanzaba la medicina. Ninguna técnica ni conocimiento HUMANO era capaz de hacer nada por ella. Queremos dar las gracias a esas buenas personas, nos ayudaron mucho, hicieron todo lo que pudieron; pero cuando se dieron por vencidos diciéndonos que ninguna ayuda HUMANA podría hacer nada, llevamos el caso a una autoridad superior, y vimos que "nada hay imposible para Dios", y que "los apuros del hombre son la oportunidad de Dios."

Yo deseo manifestar y testificar todo esto, puesto que fui testigo presencial de la operación y un constante y permanente asistente de la Sra. B. durante sus años de invalidez, y honestamente puedo decir sin sombra de duda que lo que le ocurrió a ella (cuyo relato da en este libro) fue un auténtico milagro.

¡Que Dios te bendiga abundantemente mientras lees esto, que fortalezca tu fe y refuerce tu amor por El! "Del lecho de muerte al púlpito de la noche a la mañana" resultó muy fácil para Su poder. El puede hacer cosas aun mayores por ti, y dice en Jeremías 33:3: "Clama a mí y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces." Conforme a vuestra fe os sea hecho.

H. E. B.

(Esposo de Virginia Brandt B.)

Memorias

Durante los largos y penosos meses que transcurrieron lentamente después de aquello, yo viví de memorias. Qué poco conscientes somos algunos de que puede llegar el día en que nuestros únicos compañeros y nuestro único consuelo sean los pensamientos que saquemos de la despensa de la memoria. Durante muchas horas seguidas estuve sola con mis pensamientos como única compañía. No veía suficiente para leer, y casi estaba demasiado débil para hablar, y mi vida se desarrollaba tan cerca de la frontera con la muerte que tenía muy poco en común con los vivos; estaba literalmente recluida en mis memorias.

Durante mi niñez, mi padre había insistido en que le confiáramos algo a la memoria cada semana. El creía mucho en llenar bien la memoria, e hizo todo lo que pudo para convertir nuestras jóvenes mentes en auténticos almacenes. Hay gente que piensa que las cosas del pasado por el hecho de haber pasado ya no existen, que son sólo memorias. Pero en aquellos días yo descubrí que las memorias están vivas y que yo no tenía más remedio que vivir con ellas día tras día durante años. ¡Cuán diferente hubiese sido mi vida si tan sólo hubiera sabido, si tan sólo me hubiera parado a pensar que algún día tendría que vivir con ellas y junto a ellas!

Gracias a la insistencia de mis padres había guardado dentro de mí muchísimas Escrituras que llegarían a ser una bendición maravillosa para mí, y harían posible un momento crucial de mi vida más adelante; pero en aquel tiempo no significaban nada para mí debido a que mi vida se veía oscurecida por una gran sombra de incredulidad. Fue una tragedia que en esos días de temor no tuviera el consuelo de la Palabra de Dios, fe en Sus promesas y conciencia de Su presencia, como tendría más adelante. Si yo hubiera conocido y poseído esas bendiciones, cuán diferentes habrían sido aquellos días; y más adelante llegó a ser así, pero mi vida fue un abismo sin fondo de doliente vacío, mi alma una cáscara vacía que contenía únicamente un deseo insaciable, porque no sólo mi cuerpo estaba roto, sino mi fe también; no tenía esperanzas, ni Dios.

Permíteme ahora que vuelva atrás en esas memorias, y así entenderás mejor por qué tuvo que castigarme Dios como lo hizo. Creo que puedo decir sinceramente que la religión que yo poseía era meramente una "religión heredada". La había heredado, igual que otras características de mis padres que forman parte de mí hasta este día, igual que otros heredan las joyas de la familia, y aunque las conservan y las estiman mucho, nunca les dan ningún uso práctico.

Yo nací en el regazo de la iglesia. Era una hija de predicador. Todo lo que conocí fue la vida de la iglesia, sus ser-

vicios, su gente, sus enseñanzas. Una vez, teniendo yo seis años, me preguntaron dónde había nacido, y yo respondí sin vacilar: "Pues en la iglesia, por supuesto." ¿Y por qué no iba a responder eso? Yo nací durante un movimiento de despertar religioso, y me había pasado casi toda mi corta vida entrando y saliendo de la iglesia. Mi padre, que era predicador, y mi maravillosa madre siempre practicaron devociones familiares, y hasta donde me llegan los recuerdos, en mi casa era tan corriente una Biblia como una silla. Fue muy natural, pues, que a los nueve años de edad recorriera el pasillo de la iglesia hacia el frente cuando invitaron a acercarse a los que deseaban aceptar a Jesucristo como Salvador, y con mi mano en la de mi padre, respondí las preguntas que me hicieron y entré a formar parte de la iglesia.

A partir de aquel día colaboré en los círculos de la iglesia, en la Catequesis Dominical, en la Unión Cristiana (Christian Endeavor), en una misión del frente del río Mississippi. Llegué a la adolescencia y luego a la juventud y no dejé de orar y testificar y manifestar de una u otra forma que creía en Cristo y que era un miembro activo de la iglesia; la verdad es que era una persona bastante religiosa. Era religiosa, pero también lo son algunos paganos del mundo. Participaba activamente en la iglesia, pero también lo hacen así algunas personas de lo más ateas que he conocido. Y desde luego oraba, siempre había orado, de la forma en que entendía la oración en aquel tiempo; pero nunca contaba con que mis oraciones fueran respondidas, y no tenía una relación personal con Jesucristo. Sabía cosas DE EL, pero no le CONOCIA A EL; no tenía un trato directo y personal con EL. Para mí era un ser lejano, silencioso y más bien severo, totalmente indiferente excepto cuando yo hacía algo malo, ya que entonces se ponía muy enfadado (y la verdad es que así creía que estaba la mayor parte del tiempo). La verdad es que si fuera a explicar exactamente la impresión que me daba, para mí era un gran juez que estaba enfadado conmigo por los pecados que yo cometía, y que por eso había apartado Su rostro de mí y no quería saber nada de mí, o poco menos. Esta conclusión a la que yo llegué no tenía nada que ver con las enseñanzas que me habían transmitido mi padre y mi madre, porque yo era muy obstinada e independiente, y quería hacer las cosas a mi manera, y no a la de Dios ni de nadie más. Desde luego que yo no había nacido de nuevo, nunca, y por tanto no era, como lo expresa la Escritura, "Una nueva criatura en Cristo Jesús", ni habían "pasado las cosas viejas". Cuando me integré en la iglesia no tenía intención de unir mi vida a Jesucristo, sino únicamente de integrarme en una organización religiosa. No había sentido nunca una transformación interior; cuando me hundí en las aguas del bautismo, era una pecadora seca, y cuando salí era una pecadora mojada. Las Escrituras hablan de "apariencia de piedad pero sin la eficacia de ella". 2ª a Timoteo 3:5.

Me hice mayor y era una persona muy religiosa en apariencia, pero mi religión no tenía ninguna eficacia. Jesús dijo a los fariseos: "Limpiáis lo de fuera del plato, pero por dentro está inmundado", Mateo 23:25. Yo cumplía exteriormente a la perfección con mis deberes; es decir, iba a la iglesia, asistía a las reuniones de oración, daba testimonio en público, cantaba y daba limosna, mi vida religiosa era ejemplar; pero por dentro, como el plato del que hablaba Jesús, no había cambiado. Desde niña había observado muy atentamente a la gente, y la idea de vida cristiana que me habían dado algunos miembros de la iglesia no me hizo mucho bien. La posición en la cual me encontraba hizo que conociera de cerca a algunos cristianos nominales, y desgraciadamente tuve oportunidad más que suficiente de observar no sólo al Doctor Jekyll, sino también a Mister Hyde. De hecho, fue tras una reunión de negocios de la Unión Cristiana que se celebró en la casa de un trabajador, que sin saberlo mis padres empecé a aprender a bailar. Fue también una mujer que profesaba ser cristiana (y cuya profesión era bastante bien conocida) la primera que me puso en las manos una baraja de cartas y me enseñó sus nombres. Y podría seguir mencionando otros ejemplos por el estilo; pero baste decir que había visto demasiados cristianos de los llamados "nominales". El diccionario dice que "nominal" significa "que sólo tiene el nombre". La Palabra de Dios dice: "Tienes nombre de que vives, pero estás muerto". (Apocalipsis 3:1). No es de extrañar que un día le dijera a mi madre que había llegado a la conclusión de que no tenía razón al decir que no estaba bien que los cristianos hicieran ciertas cosas, porque yo había visto a muchos miembros de la iglesia a quienes yo admiraba muchísimo que practicaban tales cosas. Pero desgraciadamente, yo no conocía entonces la diferencia que hay entre el cristianismo y el "iglesianismo", entre un cristiano "nominal" y otro auténtico, entre uno que "profesa" y otro que "posee", entre un Cristo histórico y un Cristo viviente, Salvador personal. Y así es como está dividida actualmente la iglesia, entre los que saben DE EL, y los que de verdad LE CONOCEN. Por eso no extraña que Jesús dijera: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. Ojalá fueses frío o caliente. Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". (Apocalipsis 3:15,16). Por eso no resulta sorprendente que cuando mi madre murió, yo me llenara de amargura y rencor, y hubo momentos en que casi odié a Dios por habérsela llevado y haber destrozado nuestro hogar. Nunca hablé con nadie de todo esto, sino que lo escondí en mi corazón, y ese sentimiento se enraizó al no expresarlo.

La universidad

Me matriculé en un colegio mayor de fama y me puse a trabajar con mucha voluntad. Nadie tuvo que convenirme para que me aplicara; al revés, me enterré literalmente en el estudio, al que dedicaba todos mis pensamientos y todo momento libre. A diferencia de mi padre, no era excesivamente inteligente ni intelectual por naturaleza, pero me encantaban los libros y no me costaba estudiar. Creo que tengo que reconocer que tenía algo a mi favor: tenía grandes ideales, a consecuencia de la educación tan estricta que me habían dado de pequeña y de la influencia tan maravillosa que habían ejercido mis padres sobre mí. Asimismo tenía muchas ganas desinteresadas de servir a los demás. No sabía de qué forma ni dónde hacerlo, pero estaba decidida a entregar mi vida a alguna buena causa. No necesariamente al servicio de Cristo, ni para Su gloria, sino simplemente para aliviar el sufrimiento de las personas. Con este objetivo trabajé, estudié y me preparé, con sacrificios. Para empezar contaba con una situación alentadora, por las ventajas de que gozaba; las ventajas de las enseñanzas que me habían dado y los estudios que había realizado en mi casa, porque mi padre poseía una biblioteca enorme que contenía cientos y cientos de libros. Antes de cumplir los quince años ya tenía una educación bastante buena. Había disfrutado las ventajas de los viajes; antes de tener dieciocho años, ya había recorrido de un lado a otro este continente varias veces, y además había viajado por toda Europa. También tenía ventajas de relaciones; no sólo había tenido el privilegio de conocer, sino de tratar personalmente a algunas personas muy nobles e importantes que había conocido en instituciones para el ocio y descanso, en el extranjero y en casa de mi padre. Muchas de ellas las conocí en la época en que viajé con mi padre haciendo representaciones del evangelio al aire libre. Hablo de ello porque el haber conocido a estas personas influyó mucho en los ideales y ambiciones que albergué en años posteriores.

Los días de universidad pasaron muy rápidamente. Entré en dos universidades diferentes, pero sólo una de ellas interesa en este relato.

El modernismo en acción

En la universidad me interesé muchísimo en un curso que dirigía un profesor modernista. ¿Qué es el modernismo? Alguien lo ha definido de esta forma: "Es la infidelidad vestida con ropas nuevas; es meramente agnosticismo con un afeitado y un corte de pelo." Pero no he hallado mejor definición, descripción o desenmascaramiento del modernismo que el que hizo el Dr. A. P. Gouthey en su maravilloso librito: "Jesucristo, fue un hombre, ¿o es Dios?" Cito sus palabras: "El modernismo pretende ser producto de un nuevo intelectualismo, pero en realidad no hace sino repetir argumentos rancios que hace mucho tiempo ya atacaron y derrotaron los defensores de la fe cristiana, desde los días de los apóstoles hasta la actualidad. Lo llaman "crítica superior", pero tras analizarlo resulta que es una FORMA MUY INFERIOR DE CRITICA, puesto que en su mayor parte no presenta ninguna premisa para sus razonamientos, y más bien consiste en especulación filosófica, a la que da el nombre de ciencia; profesa el cristianismo sin un Cristo redentor y pretende demostrar que la Biblia está anticuada sin dar ni la más mínima evidencia que pueda aguantar la prueba de la lógica o de la ciencia; y para terminar, ignora por completo la evidencia acumulada de casi dos mil años de experiencia cristiana".

A ver si lo entiendes; yo trabajaba en el departamento bíblico de aquella universidad, además de seguir mis otros estudios. Pero este profesor sólo enseñaba la Biblia, él era específicamente un profesor de la Biblia. Día tras día me senté allí escuchando sus enseñanzas, sin darme cuenta en absoluto, al principio, de que éstas estaban minando la poca fe que tenía. Los relatos de las Escrituras, que siempre me habían dicho eran totalmente ciertos, acontecimientos que habían sucedido, aquí me decían que eran sólo alegorías. Y capítulo tras capítulo de la palabra de Dios, que siempre me habían enseñado que eran la verdad, este profesor los presentaba como mitos, y otros meras leyendas. Muchas de las principales promesas no eran para el día de hoy, y los milagros que realizó Cristo podía haberlos hecho cualquier hombre que conociera lo suficientemente bien las leyes que los gobernaban.

Muy pronto había perdido del todo la poca fe que tenía en la autenticidad de las Escrituras, en la inspiración divina de los que las escribieron, en la divinidad

de Cristo y en Sus milagros. En la clase había un estudiante con el que me relacionaba que estaba muy avanzado en esa línea del "pensamiento moderno". El me explicó muchas veces esta nueva teología, lo que él creía. El no tenía pelos en la lengua, como el profesor, que disimulaba su modernismo de esta forma: "Pues bien, estudiantes, ahora ya conocen ambos aspectos de la cuestión. ESTA es la teología antigua, y ESTA OTRA es la moderna. Esta es la tendencia antigua de pensamiento, y esta otra es la moderna. Lo mejor es exponerles las dos en el aula." Pero se veía claramente cuál de las dos creía él, porque no era simplemente un crítico superior, sino que más bien era un crítico destructivo, insidioso y velado.

¿En qué consiste esta nueva teología, lo que llaman modernismo?

La Biblia en vez de ser una revelación de Dios, transmitida de forma infalible, no tiene nada de revelación; no son sino un puñado de leyendas, mitos y enseñanzas inventadas por el hombre, cuentos.

No acepta la interpretación histórica del hombre, que es una criatura hecha a la imagen de Dios, que tiene dentro un alma a la que Dios mismo infundió su aliento, y dice que el hombre no es más que una bestia imperfecta.

Jesucristo no tiene una personalidad divina, ni es verdadero el relato de la concepción inmaculada que presenta la Biblia; El es divino únicamente en el sentido en que todo hombre o mujer es divino, porque también era imperfecto.

Prescinde de la Encarnación, y según sus teorías, si el mismo Jesucristo viviera en el mundo actual, Sus opiniones cambiarían.

Las profecías de la Biblia no las escribieron hombres inspirados por el Espíritu Santo, sino que son meras fantasías apocalípticas.

El pecado no es rebelión, sino simplemente algo sin importancia, quizá incluso un despertar.

En realidad todo son conjeturas; porque no se puede estar seguro de nada, pues en realidad la verdad no es algo verificable.

De modo que nos deja cual bestias, andando a tientas en tinieblas. No tenemos antepasados puestos por Dios a quienes recordar, ni nada cierto que esperar del futuro, ni ninguna seguridad, que tanta paz da, para el presente.

Esto es un resumen muy breve de esta nueva teología, el modernismo, tal y como me lo presentaron a mí.

La Biblia ha sido desechada

Cuentan que un señor mayor, anciano de la iglesia muy dedicado, cuando su pastor dimitió, en la recepción de despedida le entregó un paquete muy bien envuelto diciéndole: "Estoy seguro de que este regalo será muy diferente de los demás regalos de despedida que le hayan dado". Naturalmente el pastor sentía curiosidad, y sin esperar más, abrió enseguida el paquete, y se encontró con que no llevaba sino las cubiertas gastadas y descoloridas de una Biblia, porque todo el contenido se lo habían arrancado. El pastor se quedó muy sorprendido y le preguntó: "¿No se habrá equivocado? ¿Es éste el regalo, o a lo mejor me entregó un paquete que no era?" "No", contestó el anciano, "eso es todo lo que me queda de la Biblia ahora que usted ha terminado, y se me ocurrió que más valía que se llevara también las cubiertas. Para que entienda: cada vez que usted nos decía que algo no era para hoy en día, inmediatamente lo arrancaba, y también arranqué otros pasajes que usted dijo eran mitos, alegorías, malas interpretaciones, etc., y además las referencias relacionadas con ellos. Y aquí tiene el resultado. Lo único que me quedó fue las cubiertas. Usted se llevó todo lo demás, y pensé que sería mejor que se quedara también con las cubiertas." Y eso era lo que yo pensaba de la Biblia cuando terminé mis cursos en la universidad. Recuerdo tan claramente como si fuera ayer el día que me fui. Tenía todos mis bártulos dispersos por la pequeña habitación de la residencia, puesto que me había preparado para hacer las maletas. El curso escolar había terminado y estaba lista para marchar. Había desechado un determinado número de cosas que no me podía llevar, y se me ocurrió también: "¿Por qué no dejas también la Biblia?, ya no tienes ninguna fe en que sea de inspiración divina, ya no es la 'Palabra de Dios' para ti; igual que al anciano de la historia, sólo te quedan las cubiertas." Bueno, yo no tiré la Biblia, pero en mi corazón la deseché. Yo seguía creyendo que era el mejor manual de ética que se había dado al mundo, y seguía creyendo que Jesucristo era el mayor maestro que había tenido la humanidad. Había estudiado las enseñanzas de Platón, de Aristóteles, de Sócrates, de Diógenes, de Buda y de Confucio, pero sin sombra de duda las enseñanzas de Cristo eran muy superiores a las de todos ellos. Y aunque me habían arrancado el último vestigio de fe que me quedaba en la infalibilidad de las Escrituras, seguía estudiándolas con

regularidad y esforzándome por vivir según sus elevados principios, ya que constituían mi código de moral. Yo no era ni más ni menos que una agnóstica; consideraba que la religión era una apariencia externa, y la oración un mero ensueño piadoso que tenía un efecto subconsciente sobre las personas que la practicaban.

Mi situación era parecida a la de un buscador de oro de Alaska de quien había oído hablar (seguro que muchos de ustedes también conocen su historia) que se encontraba una tarde sentado al lado de la fogata de su campamento cuando sus compañeros le preguntaron de pronto: "Jim, si alguna vez encontraras una veta de oro, ¿qué sería lo primero que harías al volver a Estados Unidos?" "Déjame pensar", dijo Jim. "Bueno, creo que me compraría una buena comida de alimentos frescos, de verdura fresca y carne del día. Ya estoy harto de judías en lata y sardinas en lata, ya casi no aguanto la vista de una sardina o de una judía." Bien, llegó el día en que Jim dio con una veta de oro, y con los bolsillos repletos de dinero llegó a San Francisco. Se fue directamente a una cafetería bastante famosa. El camarero le presentó el menú y Jim tras leerlo, con una sonrisa en los labios, dijo: "Tráigame este pavo con salsa de moras, con toda su guarnición." El camarero carraspeó y dijo: "Lo siento, pero el pavo con salsa de moras se ha acabado. Hoy tuvimos muchos más clientes de los que esperábamos. ¿Otro plato tal vez?" Jim le echó otro vistazo al menú y respondió: "Bien, sírvame pollo con budín. Me recuerda mi casa. Eso estará bien." El camarero volvió a carraspear y le contestó: "De verdad que lo siento mucho, caballero, pero hoy han parado aquí para almorzar un par de delegaciones que van a tomar el transbordador y acabaron todo el pollo con budín. ¿Tal vez le interese otra cosa?" Con esto Jim dejó de sonreír, y frunciendo un poco el ceño dijo: "Claro, entiendo. Bueno, tráigame un filete bien jugoso, frito con mucha cebolla. Con eso ya irá bien." Y esta vez, bastante avergonzado, el camarero le replicó: "Lo siento muchísimo, amigo mío, pero ¿ve usted aquel viajero tan grueso que está sentado en aquella mesa? Pues él se comió el último filete que teníamos. De verdad que lo siento." "Bueno, ¿qué me podría traer?", le preguntó Jim bastante irónico. "Bueno, le podríamos abrir cualquier tipo de lata que le apetezca al señor", fue la contestación del camarero. "No; a MI no me abra usted ninguna lata", respondió Jim levantándose y abandonando el lugar tras agarrar su maletín y su sombre-

ro. Iría a donde tuvieran algo más que conservas de lata.

Yo comparto la posición de Jim, y la aplicación que dan muchos predicadores a esta historia ciertamente es valedera para mi experiencia, casi da la impresión de que se escribió para mí. Aquel profesor le había dicho a mi hambriento corazón que ya no quedaba pavo con salsa de mora hablando de nacer de nuevo. ¿Una auténtica experiencia de un nuevo nacimiento? Oh, eso se había acabado hace mucho tiempo; y el bautismo del Espíritu Santo, ¿un genuino revestimiento de poder desde lo alto? Eso ya lo agotaron los discípulos y ya no quedaba pollo con budín de ése para saciar mi alma necesitada. Y ¿el poder sanador de Cristo? Bueno, eso fue sólo para introducir el ministerio de Cristo, como un buen filete del que los discípulos no dejaron ningún resto, ya no queda ni la salsa. ¿Y el mismo Cristo? Bien, era de comprenderse que actualmente no seguía siendo el mismo, porque según ellos, ya no era el Cristo milagroso, y todo lo que nos queda del generoso banquete que dio en Su tiempo son unas pocas conservas, conservas enlatadas que llevan en sus etiquetas el nombre de racionalismo, formalismo, modernismo, etc.; pero las repisas de la despensa de Dios están en realidad vacías de todo lo que sea auténtico poder y fuego del Espíritu Santo y manifestaciones maravillosas del Cristo milagroso, de toda experiencia sobrenatural capaz de transformar por completo una vida. No es de extrañar que algunos ya no queramos saber nada de estas conservas enlatadas. Porque envenenaron de tal forma nuestras almas y nos asquearon tanto, que ya no queremos saber nada de ellas. Lo único que nos satisface es la auténtica comida. Por muy atractiva que sea la etiqueta, recelamos; sólo lo auténtico satisface nuestras almas.

Una iglesia a la que Jesús nunca asistió

Desde luego que lo tenía todo en contra en aquel tiempo, y lo que tenía que aprender lo iba a aprender hasta el fondo. Yo estaba asistiendo a una iglesia del distrito del lago a la que pertenecían muchos amigos míos desde hacía muchos años. Las palabras 'fría' y 'tradicional' no dan ni sombra de idea del ambiente que reinaba en aquella institución espléndida. Todo se hacía muy decentemente y con orden, pero allí no había calor, no se conocía el poder de Dios. El ambiente era refinado, pero no espiritual; educativo, pero no inspirador, no reanimaba el alma. El predicador era un orador sensacional, brillante y retórico, pero uno se sentía como la anciana que no lograba entender lo que decía el predicador, que se elevaba a un nivel mucho más alto que el de su gente en sus vuelos intelectuales, y por fin le gritó: "Predicador, haga el favor de bajar sus golosinas al estante de abajo." Yo estuve durante un tiempo escuchando continuamente esos discursos intelectuales que no tenían nada de la auténtica religión de siempre ni de un Cristo viviente. Creo que aquella iglesia se parecía mucho a otra en la que quería ingresar un viejo negro. Lo había intentado durante varios meses, pero el predicador, que no lo consideraba deseable pero tampoco quería ofenderle, le había dado largas, hasta que al final el viejo negro receló. Por fin se dio cuenta de que no lo querían. La última vez que lo vio, el pastor le había dicho que orara sobre el asunto, y un día llamó por teléfono al predicador y le dijo: "No se preocupe por mi ingreso en su iglesia, clérigo. Ya no se moleste más con eso." "¿Así que estuviste orando al respecto, Sam?", preguntó el predicador. "Sí, señor, oré al respecto", le replicó el viejo, "y el Señor me dijo: 'Sam, no te importe no entrar en esa iglesia; yo también llevo unos 20 años intentando entrar y todavía no lo he conseguido.'" Todos nos sonreímos cuando oímos esto, porque es una ilustración muy sencilla; pero de verdad que es una tragedia y que da pena ver que hay personas que van todas las semanas a la iglesia durante años y nunca han conocido en realidad a Jesucristo. Con razón aquella pobre señora hambrienta dejó una vez en la mesa del despacho de un pastor "moderno" este trocito de las escrituras: "se han llevado a mi Señor, y no sé donde Le han puesto." Este pastor nos

ofrecía sus "conservas enlatadas" de una forma lo más bonita posible. Uno se sentía muy inspirado intelectualmente tras escuchar uno de sus discursos tan eruditos, pero el corazón lo sentía uno más hambriento y más vacío que nunca.

Tras recibir todas estas influencias, mi pobre corazón llegó a estar más frío que nunca, literalmente congelado entre el formalismo, el racionalismo y el modernismo. Algún día me gustaría volver para ver si en aquella iglesia funcionarían la receta de Martha, la vieja negra. Ella hacía el helado mejor que nadie en toda la comunidad. Cada vez que había una reunión, tómbola o asunto de importancia en la iglesia, la tía Martha tenía que hacer el helado, porque nadie le daba el punto que ella. Una tarde se emocionó muchísimo porque la llamaron unas aristócratas del vecindario. Las recibió en su porche, y sonriendo de oreja a oreja se balanceaba en su mecedora, contentísima con aquella visita tan inesperada; y de pronto su alegría se volvió sospechas. Al poco descubrió la verdadera razón de su visita: no es que hubieran venido a verla a ella, lo que querían era saber cómo hacía el helado. La portavoz del grupo le dijo: "Martha, los de la iglesia vamos a hacer una reunión social, y nos interesa muchísimo saber cómo haces el helado. No hay en todo el pueblo quien lo haga como tú." Y la querida señora respondió: "Pue', le' voy a contar a toa' u'tes como hago yo el helao. Agarro lo' huevo' y el asucar y la nata y el estrato de bainailla y lo' meto en la helaera y los me'clo. Luego la sierro con la tapa y cuando se hase de noche, entonses me cargo al hombre la helaera y la llevo a la iglesia de u'tes y la deajo allí pega' a la pare', y cuando la vuelvo a busca' por la mañana, está el helaíto to' hechito, ma' congelaíto que pa' qué'." Ahí ven, la tía explicó con palabras muy precisas la reacción que provocó en mi pobre corazón aquella iglesia tan fría y tradicional. Cuan cierto el versículo: "Tienes nombre de que vives, pero estás muerto."

Es cierto que en aquel tiempo había iglesias en las que se sentía calor y poder, el fuego mismo del Espíritu Santo. Eso lo encuentras en toda confesión en que Cristo es levantado y las personas reciben bendiciones y las vidas se transforman. Si yo hubiera encontrado una iglesia así en aquella época, quizás esta historia nunca tendría que haber sido escrita.

Me avergüenza decir ahora que con mi corazón y mi alma en este estado me hicieron Secretaria de Campo Nacional de una de las mayores organizaciones misioneras que en aquel tiempo patrocinaba el gobierno de los Estados Unidos. Viajé por muchos estados organizando comisiones y hablando en público. Casi todos los domingos hablaba en el servicio matutino de alguna iglesia. En esas ocasiones hablaba de la Biblia, que era mi manual de ética, pero no creía sus verdades fundamentales más de lo que las cree cualquier agnóstico de hoy. Yo no participaba de sus promesas ni creía que fueran auténticas ni que resultarían prácticas, tal como cualquier modernista de hoy. ¿Una agnóstica en el púlpito? Mas ¿no es acaso corriente eso hoy en día? Antiguamente había gente que se ponía a la puerta de la iglesia y dejaba la Biblia por los suelos, y hoy en día hay muchos críticos destructivos que hablan desde el púlpito y dejan por tierra las enseñanzas más sagradas y las doctrinas fundamentales de la Divina Palabra. No hay duda que vivimos en el tiempo al que se refiere la palabra de Dios cuando dice: "Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias." Y también esa otra escritura que dice: "Cuya boca habla cosas infladas, adorando a las personas para sacar provecho." Judas 1:16.

Idilio

Mientras realizaba el trabajo del que acabo de hablar, residí durante un tiempo en Reno, Nevada, donde conocí al Sr. B., mi esposo, quien más adelante jugaría un papel muy importante en la experiencia más maravillosa que me ha ocurrido en la vida. Cuando terminé mi labor en Reno, Nevada, fui a Ogden, Utah, para completar una tarea que no había terminado. El Sr. B. se apresuró a venir a Ogden, porque al poco yo iba a partir para el lejano oriente, y allí nos casamos en una pequeña iglesia metodista al acabar un servicio nocturno del miércoles. El Sr. B. (cuyo nombre completo es Hjalmer Emmanuel B.) era un cantante muy amable, y poco después, mi padre nos invitó a acompañarle en una gira de evangelización, ofreciéndole al Sr. B. que se hiciera cargo de la música. Fue en esta época de despertar religioso, y a consecuencia de la predicación de mi padre, que el Sr. B. se ofreció para hacerse sacerdote. De todas formas, desde su infancia había tenido una fe sincera en la palabra de Dios, y su familia era muy cristiana. En toda su vida no había perdido su inquebrantable fe en Jesucristo Salvador. Mi esposo no conocía las convicciones religiosas que tenía yo cuando se casó conmigo, y nunca se imaginó la incredulidad que reinaba en mi corazón. La verdad es que nunca le hablé a nadie de las dudas que habían llegado a formar parte de mi existencia y que habían transformado todo mi modo de ver la vida.

Ahora me alegro mucho de no haber hecho pública mi falta de fe. Ninguna vida se vio nunca ensuciada por ella, y eso se lo tengo que agradecer a mi padre, a quien muchas veces oí decir (aunque no recuerdo exactamente las palabras): "Si tienes dudas, guárdatelas para ti. No vayas a ser una piedra de tropiezo para otra persona. Ya está mal caer en el infierno, y no hay necesidad de tenderse en el camino de otro para que tropiece contigo y se dirija también a la destrucción." Yo era consciente de que había perdido en la vida algo que me había hecho ver el mundo en general de una forma diferente, un poder de equilibrio y una influencia restrictiva que nada podría jamás sustituir. Y aunque nunca lo había expresado con palabras, en mi corazón me había decidido: "No le voy a quitar a nadie esta fe, porque no tengo nada que dar a cambio."

El Sr. B. decidió ir a la universidad de Drake, en

Des Moines, Iowa, para estudiar allí para hacerse clérigo, y en aquella ciudad, en una casita feliz, volví a disfrutar de las alegrías de la vida hogareña. Había vivido tanto tiempo entre las ostentaciones de la vida pública que ya estaba hastiada. Me sentía muy aliviada viviendo escondida en un lugar tranquilo. Las tardes me las pasaba sola leyendo y descansando. Y las noches, en casa también, cosiendo, leyendo y conversando con mi compañero, sentada cómodamente al lado de la lámpara, a veces escuchando un poco de música. Anhelaba que siempre siguiera así. Ya no quería volver a ver un escenario, un púlpito, un foco, no quería saber nada más de la fama ni de la publicidad ni de la propaganda. Todo eso pertenecía al pasado. A ver si lo entiendes: la obra que yo había realizado en servicio de los demás no la había hecho en el espíritu de Cristo ni para Su gloria, sino muchas veces con un motivo egoísta y por ambición personal. Por eso no me brindaba una verdadera alegría ni una satisfacción duradera, más bien me llegué a asquear de ella. A partir de entonces viviría sola y para mí misma (aparte de para mi familia, por supuesto) durante el resto de mi vida, escondida y apartada. Pero Dios tenía otros planes. El estaba obrando en mi vida. Toda mi vida me había estado preparando, formando y educando para el servicio, no sólo en mi primera infancia con mi padre, que fue tan fuera de lo común, sino también con la educación que había recibido, y con la experiencia práctica que había adquirido en la obra misionera en que participé, de la que ya he hablado. Y el Señor no estaba dispuesto a perder un soldado de Sus filas, ¡sino que iba a tomar el material que tenía en la mano y a transformarlo para que fuera mejor! La Biblia dice: "La vasija de barro se echó a perder en sus manos, pero la volvió a hacer." De igual forma, Dios echó a perder mi vida, para poder volver a hacerla. Como a Jacob de la antigüedad, Dios a algunos tiene que tullirlos para poder coronarlos, deshacerlos para hacer de ellos personas nuevas.

En aquellas noches tranquilas en que yo, sentada a la luz de la lámpara, cosía, no se me ocurrió jamás imaginar siquiera que Dios se estaba moviendo serenamente entre bastidores, y de una forma muy segura, preparando el escenario de mi vida para algo nuevo, y para unos cambios que yo naturalmente no había ni soñado. Yo, de una forma egoísta, había planeado los días y años venideros según lo que a mí me gustaba y lo que yo prefería y quería, no lo que Dios había elegido

ni lo que El quería. Me sentía totalmente satisfecha, feliz a la manera mundana, aunque siempre en lo profundo de mí sentía un doliente vacío, ese abismo sin fondo de deseo insaciable que hay en todo corazón que no está lleno de Cristo. Pero por ahora, todo vacío había quedado cubierto con una nueva felicidad, porque en mi vida había entrado una nueva alegría, estaba en espera de algo maravilloso. Pronto habría unos piecitos corriendo por toda la casa, y por todas las habitaciones me seguiría un balbuceo infantil. Tenía muchísima ilusión y ya casi no podía esperar más. Todas las ropitas las había hecho yo misma, no quería que ni una máquina las tocara. La canastilla estaba en una esquina de la escalera; parecía un trono, encima de la mesa, sólo que estaba llena de volantes y de lazos blancos y rosas. Por fin estaba todo preparado. Las últimas noches, en vez de coser a la luz de la lámpara, lo que hice fue leer con el corazón palpitante libros que me enseñaban cómo había de cuidar la nueva vidita que me iba a ser entregada, y que me explicaban las maravillosas oportunidades y responsabilidades de la maternidad. Recuerdo muy bien que me esforzaba muchísimo por hacer míos todos los pensamientos, y que procuraba pensar sólo en cosas muy elevadas, nobles y puras, para no echar a perder de ninguna forma la vidita que pronto tendríamos en nuestras manos. Todo estaba preparado, hasta la casa estaba arreglada. ¡Qué tranquilos y qué pacíficos fueron aquellos días de espera! Yo no tenía ni idea de que la tragedia caminaba resueltamente detrás de mí, y que a la vuelta de la esquina me encontraría con increíble sufrimiento, con la decepción y la agonía multiplicadas mil veces. ¡Qué extraños son los caminos de Dios, pero qué maravillosos! ¡Qué misericordia muestra al no revelarnos lo que nos deparará el futuro! Su palabra dice: "Vamos ahora, los que decís: hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos." Santiago 4:13. "Cuando no sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece." Santiago 4:14.

(Lo que siguió a aquellos días de espera, viene relatado en los primeros capítulos de este libro, aquella hermosa mañana de Navidad y el accidente que tuvo lugar en ella.)

Tinieblas y desesperación

Estos, pues, fueron los recuerdos que mi memoria me presentó y expuso ante mí mientras yo yacía totalmente inválida y callada, a medida que iban pasando lentamente los días penosos, que se iban sumando a una larga procesión de ayeres que al poco tiempo formaron años, años de agonía tal que no hay palabras que puedan describirla. Tenía punzadas de dolor que desgarraban y torturaban mi debilitado cuerpo; luego sentía un dolor monótono y constante, mientras que los nervios se estremecían, ardientes cual llamas de fuego; y luego se me iba el aliento, me sofocaba y me ahogaba, como si una mano de gigante me agarrara el corazón, que ya estaba débil y dañado de por sí, y me lo retorciera, hasta que cada uno de los latidos salía vacilante y sofocado. Luego me venían convulsiones, los brazos y las piernas se me estiraban y encogían hasta que mi frágil cuerpo, exhausto, no soportaba más la agonía, y el cerebro, febril, se hundía en una agradecida inconsciencia; inconsciencia que duraba hasta que las fuerzas dispersas se volvían a juntar y a hacer fuertes y se dejaban arrastrar a nuevas batallas atroces. Siempre tenía al alcance agujas hipodérmicas, narcóticos una vez y estimulantes a la siguiente, hasta que al final la pequeña llama de vida tenía tan poca fuerza que no respondía a ninguno de ellos, y parecía que un soplo ligerísimo podría apagarla. Pero Dios vigilaba aquella llamita, y la protegía con Sus manos, porque estaba llevando a cabo Sus objetivos, y no era Su voluntad que se apagara. Un hospital detrás de otro, sanatorios, viajes largos en camilla siguiendo cualquier rayito de esperanza que se nos presentara, un médico tras otro (fueron muy amables, muy sacrificados, e hicieron todo lo que pudieron, que Dios les bendiga), pero todos daban la misma contestación: "Este caso está más allá de los límites humanos", "lo siento, no puedo hacer otra cosa que ayudarla a pasar sus últimos días con comodidad." "¿Comodidad?" Eso fue lo único que ninguno consiguió. Hasta los cojines de gomaespuma sobre los que descansaba mi pobre espalda me parecían a veces piedras. Qué días tan penosos, ¡pero más largas aun eran las noches! Desde luego en mi caso se cumplió aquella escritura: "Por la mañana dirás: '¡Quién diera que fuese la tarde!' Y a la tarde dirás: '¡Quién diera que fuese la mañana!'" Dt.28:67. Durante las largas noches sólo oía las suaves pisadas de las enfermeras que recorrían el largo pasillo, y cuando

me sentía muy sola y desesperada, y la oscuridad interior era aun mayor que la de la noche, quería que llegara la muerte. Pero luego pensaba rápidamente: "No, no. No puedo morir. Tengo miedo de morir", y se apoderaba de mí un horroroso miedo de la muerte, y así cientos de veces. ¿Miedo de morir? ¡Sí, muerta de miedo, pero me estaba muriendo! ¿Un salto al vacío? ¡Sí, y sola! ¿Es capaz el lenguaje humano de expresar la profundidad del sufrimiento humano? El mío no. ¿Es capaz uno que ha probado la muerte, el infierno y un miedo espantoso volver y expresar con meras palabras lo que ha vivido? Yo no soy capaz. Sólo Dios sabe lo que pasé; ojalá tú NUNCA LLEGUES A SABERLO.

El final del camino

En una parroquia a la antigua usanza del norte de California llegué yo al final de mi camino; dejamos de buscar ayuda, habíamos llegado al final de nuestros recursos, no había ayuda posible. En esos últimos meses estaba yo más muerta que viva, más tiempo inconsciente que consciente, era el fin. Había llegado al límite de lo que podía soportar cuando un día el señor B. entró con paso rápido en mi habitación y, arrodillándose al lado de mi cama, dijo con una voz extrañamente feliz: "Acabo de hacer un descubrimiento maravilloso." "¿Sí?", susurré, demasiado débil para interesarme mucho por ello. "¡He descubierto", dijo, "que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos!" Lo que me llamó la atención no fue lo que me dijo, sino su comportamiento, porque estaba muy excitado, y se le veía muy sincero. Daba la impresión de estar profundamente conmovido, y yo escuché con curiosidad lo que me dijo. "¿Recuerdas un librito que le dejé hace un tiempo a la enfermera para que te lo leyera? ¿Un librito que hablaba de las respuestas a las oraciones? (Se trataba de un libro que había escrito A. B. Simpson, un ministro presbiteriano, y que hablaba de la forma maravillosa en que Dios se relacionó con él durante una enfermedad muy grave que tuvo y la forma milagrosa en que se vio liberado de ella. Véase la nota al pie de la página 31.) ¿Recuerdas que le prohibiste a la enfermera que siguiera leyendo tras escuchar los primeros capítulos, porque dijiste que era "de un fanatismo extremado y que cualquiera que lo creyera era un tonto"? Pues yo sí lo creo, todo lo que dice. He comprobado todas las Escrituras de las que hablaba, las promesas que había reclamado él cuando recibió su maravillosa respuesta a la oración, y he llegado a la conclusión definitiva de que esas promesas son para nosotros, para la actualidad. Son algo real, Dios quiere decir exactamente lo que dice, y si de verdad Le creemos, El guardará Su palabra y nos dará los deseos de nuestro corazón. Me he pasado un par de días marcando en mi Biblia estas promesas y estudiando todo lo relativo a ellas y no veo que ninguna de ellas haya sido anulada; son para nosotros, para la actualidad, tanto como lo fueron para los que vivieron en aquellos tiempos bíblicos, y más todavía: Cristo no ha cambiado, es exactamente el mismo que era entonces. Tiene el mismo amor, la misma compasión, el mismo poder; 'Jesucristo es el mismo HOY y POR LOS SIGLOS', dice la Biblia. Es algo maravilloso,

no sé por qué no me habré dado cuenta antes de todo esto." Yo me quedé maravillada de su ardor, estaba emocionadísimo. Su rostro resplandecía, sus ojos ardían y su comportamiento era el de una persona que se halla ilusionadísima por haber hecho un descubrimiento maravilloso. Pero lo que dijo casi no me interesó. En realidad me daba la impresión de que se estaba afanando por nada. Dios había traído nueva luz a su corazón, había abierto su mente y le había iluminado Su palabra, y todo esto de una forma maravillosa; pero no era ése mi caso. La palabra de Dios dice en Efesios: "Estaban entenebrecidos en su entendimiento, ajenos de la vida de Dios." Este versículo desde luego se pudo haber escrito para mí, porque yo no tenía fe ninguna en lo que él me decía; más bien tenía un poco de miedo de que estuviera cayendo en algún fanatismo. Pero el señor B. no se desanimó tan fácilmente. Había entrado a formar parte de su vida una fe tan viva y tan vital que quería y estaba resuelto a ver que yo cambiase completamente y que mi cuerpo se restableciese del todo.

Puedo decir honestamente que se pasó días y noches orando, cantidad de horas seguidas. Todavía puedo verle, arrodillado al lado de mi cama, orando, y luego cantando himnos antiguos de la fe. Oraba durante un tiempo y luego cantaba, luego me citaba promesas de las Escrituras. Tanto de noche como de día se esforzó por que llegara a mi corazón esa misma fe, luz y certeza que habían irrumpido en el de él. Recuerdo muy bien que a mí me maravillaba su ardor, la intensidad con la que perseveraba en oración. No había duda de que era uno de los hombres fuertes y robustos de los que hablan las Escrituras que "arrebatan el reino de Dios con violencia." Ahora que lo pienso, no entiendo cómo pudo soportar su cuerpo tanto esfuerzo. Muchas veces me despertaba de madrugada, cuando los primeros rayos de sol asomaban por encima de aquellas colinas de California, y lo veía allí, arrodillado todavía, a veces con las manos alzadas al cielo, y luego con la cabeza hundida en la cama. Yo sufría, porque me parecía todo muy inútil, y temía la desilusión y la decepción que se iba a llevar algún día. Yo no creía que los Cielos tuvieran oídos, y las horas que pasaba arrodillado y las noches que pasaba en vela me parecían totalmente inútiles. Pero cuán cierto es ese maravilloso versículo de Santiago 5:16: "La oración eficaz del justo puede mucho." Y al cabo de un tiempo, apareció en mi corazón una llamita de esperanza; tan pequeña era que casi no valía la pe-

na hablar de ello, pero escuchaba sus oraciones, sus lecturas y sus charlas en las que trataba de persuadirme, con más interés y de una forma más abierta. En una Biblia antigua que tenía me marcó las promesas llamándolas "trampolines de la fe". Me las enseñó todas pacientemente, porque yo no podía leer. Me las leyó una y otra y otra vez insistiendo en que tenía que memorizarlas. Y lo mismo con algunos himnos de la fe antiguos. El mismo los había memorizado, y arrodillado al lado de mi cama cantaba cada estrofa de memoria. Una vez le dije que creía que podía cantar "Qué base más firme" de atrás para adelante. ¡Qué himno tan precioso! Hoy en día significa mucho para mí, por los recuerdos que me trae. Cada vez que lo oigo cantar, recuerdo aquellos días.

¡Qué base más firme, santos del Señor,
Tenéis para vuestra fe en la Palabra de Dios!
¡Qué más va a deciros que no os haya dicho ya?
Cuando un refugio fuisteis en Cristo a buscar.

"Cuando por las aguas te mande pasar,
Los ríos de pena no te anegarán,
Contigo estaré, y gran dicha te daré,
Y tu mayor congoja la santificaré."

"Si un alma a Cristo viene a reposar,
Yo nunca la entrego a su rival;
Aunque mil demonios quieran verla vacilar,
Yo nunca la abandono, no, nunca jamás."

Y lo mismo ocurrió con esa preciosa canción: "Me afirmo en las promesas de Jesús, mi Rey." En los días en que la pelea se ponía recia, este maravilloso hombre de Dios que estaba luchando aquella batalla de fe se recorría la habitación de un lado a otro cantando, y de qué forma, "Me afirmo en las promesas."

Me afirmo en las promesas de Jesús, mi Rey;
Le alabaré por siempre con mi corazón;
Gloria en las alturas cantaré con fe,
Me afirmo en las promesas del Señor.

ESTRIBILLO

Me afirmo, me afirmo, me afirmo en las promesas
de Jesús, mi Salvador.
Me afirmo, me afirmo, me afirmo en las promesas
del Señor.

En ocasiones, cuando daba la impresión de que yo me estaba saliendo de este mundo y parecía que sus oracio-

nes y sus esfuerzos habían sido todos en vano, se ponía a pelear de una forma tan real como si fuera un soldado en el campo de batalla; se ponía en pie a mi lado citando promesas; las utilizaba de la misma forma y con el mismo ardor con que un soldado blandiría su espada para rechazar al enemigo. A mi pobre mente apagada le parecía a veces que estaba luchando una batalla tremenda contra legiones invisibles. Y efectivamente era así, porque ahora entiendo que las potestades de las tinieblas también luchaban por mi vida. Y cuando me perdía en la inconsciencia, le oía decir: "Es Tu palabra, Señor, y no puede fallar. Estas promesas las hiciste Tú, y me aferro a ellas, cuento con que vas a guardar Tu palabra." La Escritura habla de "la batalla de la fe". Dice: "Pelea la buena batalla de la fe", y de verdad que aquel cuartito de la antigua parroquia de California fue un auténtico campo de batalla, y el luchador no tenía intención alguna de darse por vencido.

NOTA: A continuación damos unas cuantas citas de los escritos de A. B. Simpson, cuyo libro utilizó mucho el Señor para bendecirnos y cuya vida de fe ha servido de inspiración a miles de personas.

El hombre tiene una naturaleza doble. Es un ser material y a la vez un ser espiritual. Y las dos naturalezas fueron afectadas igualmente por la Caída. El cuerpo quedó expuesto a la enfermedad, y el alma corrupta por el pecado. ¡Por tanto, es maravilloso descubrir que el esquema completo de la redención incluye las dos naturalezas, y cuida de la restauración de la parte física además de la renovación de la vida espiritual! El Redentor se presenta ante los hombres con las manos extendidas hacia nuestra miseria y necesidad, y ofrece las dos cosas, la salvación y la curación. Se nos ofrece a Sí mismo como Salvador supremo; Su Espíritu, al morar dentro de nosotros, da vida a nuestro espíritu, y Su cuerpo resucitado da vida a nuestra carne mortal. Inició Su ministerio sanando a todos los que tenían necesidad de curación. Y lo terminó realizando en la cruz una remisión total de nuestros pecados; y por otra parte de la tumba abierta pasa al cielo, dejándonos la doble misión de "por todo el mundo" y "todos los días hasta el fin del mundo". "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán."

Esta es "la fe que ha sido una vez dada a los santos". ¿Qué fue de ella? ¿Por qué no es eso lo que se enseña y se vive en todo el mundo? ¿Acaso desapareció junto con la era apostólica? ¿Acaso cambió cuando Pedro, Pablo y Juan desaparecieron? En absoluto. Permaneció en la Iglesia durante siglos, y se fue desvaneciendo gradualmente entre la mundanalidad, la corrupción, el formalismo y la incredulidad, que cada vez eran mayores.

Estamos restituyendo a su lugar primero este bendito evangelio

de la redención física, con una fe que se está renovando y una vida espiritual que cada vez es más profunda, con un reconocimiento más señalado y más conforme a las escrituras del Espíritu Santo y del Cristo Viviente, a medida que se aproxima cada vez más la vuelta del Mismo Maestro; y la Iglesia está aprendiendo lentamente a reclamar lo que no debió haber perdido nunca. Pero junto a esta manifestación está también la de un espíritu de incredulidad conservadora y de racionalismo teológico tradicional muy frío, que hace necesario que "contendamos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos".

Las causas de la enfermedad y del sufrimiento tienen claramente su origen en la Caída y en la condición pecaminosa del hombre. Si la enfermedad fuese parte de la constitución natural de las cosas, entonces podríamos enfrentarnos a ella en el terreno de lo natural, con medios naturales. Pero si forma parte de la maldición del pecado, entonces su auténtico remedio está en la gran Redención. Seguramente no hay quien ponga en duda que la enfermedad es resultado de la Caída, una de las consecuencias del pecado. La muerte, según nos han dicho, es para todos, porque todos pecaron; y lo mayor incluye a lo menor.

Si la enfermedad es un resultado de un ataque espiritual, es evidente que hay que enfrentarla y contraatacarla con una fuerza espiritual mayor y no con meros tratamientos naturales. Y de la misma forma, si suponemos que la enfermedad es un castigo y una pena divina, está todavía más claro que para librarnos de ella no hay que acudir a medios físicos ni mecánicos, sino de tipo espiritual."

(De "The Gospel of Healing" (El evangelio de la curación), del Dr. A. B. Simpson, fundador de la Alianza Misionera Cristiana.)

Irrumpió la luz

Una tarde me había quedado sola porque el señor B. había salido a visitar a unos enfermos y la enfermera estaba haciendo algo en la cocina, y de pronto sentí dentro de mí un ansia muy intensa, que me obligó a clamar en alto pidiendo ayuda a una potestad invisible. Mi voz no pasaba de ser un leve susurro, pero ansiosamente susurré mi súplica: "Si es POSIBLE que haya un Dios por alguna parte, revélate a mí. Si existes habrás oído lo que dice mi esposo y la forma en que ora, y puedes revelarte a mí." Sentí como si una fuerza mayor que yo misma me empujara a llamar y llamar y repetí muchas veces: "Si existes, por favor, te ruego que tengas misericordia y te reveles a mí." Y, como en respuesta a mi ruego, sentí una convicción de pecado muy profunda. Me sentí como si fuera la más vil de los pecadores. Y esto sí que era extraño, por la sencilla razón de que yo siempre había sido bastante santurróna. Había vivido una vida muy moral, de lo cual estaba bastante orgullosa, muy satisfecha de mí misma. Cuando recordaba mi pasado y la obra misionera que había hecho, me sentía bastante satisfecha; ¿acaso no había arriesgado muchas veces mi vida al realizar ciertos tipos de rescates? Incluso cuando llegaba a las mismas puertas de la muerte y se apresaba de mí un miedo muy intenso, recordaba esos años de servicio sacrificado y me sentía muy satisfecha. Pero AHORA me parecían un "trapo de inmundicia". Era como si de pronto me hubieran sido abierto los ojos y me viera a mí misma tal como era, por primera vez en la vida; mis obras pasadas no eran nada. Mi servicio no lo había hecho como para El, ni mi motivación era glorificarle a El. Se fue haciendo mayor el peso del pecado y de mí misma, hasta que ya no lo podía soportar, y por fin empecé a llorar.

Me gustaría contarte exactamente lo que sucedió dentro de mí en aquel momento, pero de verdad que es del todo imposible. El nacer de nuevo es una obra misteriosa y sobrenatural que realiza la mano del Señor mismo, ¡y yo no soy capaz de decirte cómo lo hizo; pero lo cierto es que transformó por completo mi corazón! Aquella noche, tendida en aquella cama, sola, nací de nuevo, como consecuencia directa de la oración fiel y creyente. Oído así parece muy sencillo, muy trivial, que yo diga "sufrí una transformación", "nacé de nuevo"; pero si intentara describir lo que sucedió en detalle, le quitaría impor-

tancia a la maravilla que Dios realizó y a la transformación milagrosa que tuvo lugar aquella tarde en mí. Lo único que puedo decir, como el ciego a quien sanó Jesús, es: "Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo." (Juan 9:25) Jesús dijo a Nicodemo: "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, MAS NI SABES de donde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu." (Juan 3:8)

Había dejado de estar sola, porque sentía Su presencia en aquella habitación, tan real como si hubiera un miembro de la familia en pie al lado de mi cama, y Le hablaba con tanta naturalidad como un chiquillo le habla a su padre. Se lo conté todo a El, y supe que El me había oído y comprendido, porque mi espíritu atormentado se vio inundado por una paz inefable, que sobrepasa todo entendimiento, y una tranquilidad que me aliviaba mucho. No había visto ninguna visión, ni había oído ninguna voz, ni había llegado a mis sentidos naturales ninguna evidencia; pero dentro de mí había oído un "silbo apacible y delicado", y había entablado contacto con El, un contacto tan real y tan personal que podía decir en verdad: "Yo sé a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito." Ya no quedaba nada de mi incredulidad; Dios existía, de verdad, y yo era "una nueva criatura en Cristo Jesús". "¡Había irrumpido la luz!"

El banco del cielo

¡Gracias a Dios por la persona que estuvo dispuesta a seguir orando hasta que Dios mandó la respuesta! Pero ni con esta maravillosa victoria se sintió satisfecho mi esposo; él no sólo quería salvar mi alma, sino también mi vida. No hubo necesidad de que le dijera el cambio que había acontecido, porque él lo podía ver fácilmente; pero después de hablar del asunto, dijo con fiadamente: "Y ahora el Señor te va a devolver también la salud y te va a levantar de esta cama." "¿Quieres decir que me va a sanar?", le pregunté; porque aunque de pronto El era algo muy real para mí, la idea de que Cristo siguiera obrando milagros actualmente todavía no me cabía. De verdad que no me parecía posible tal cosa. Estaba claro, los milagros de Cristo habían sido para introducir el Evangelio, y no era posible que ésas cosas ocurriesen hoy en día; esa idea estaba fuera de mi alcance. Me puse a pensar, e intenté recordar si había conocido alguna vez a alguien que dijera que Dios había hecho algo así por él; pero si la memoria no me fallaba, nunca había conocido a nadie así. Claro que había oído hablar de las sectas de curación, pero el tomar una promesa de la palabra de Dios y confiar en El para que la cumpliera, abandonándome a El, era algo muy nuevo para mí. Ciertamente que yo había visto con mis propios ojos una demostración de lo que es reclamar las promesas de Dios en aquella misma habitación, las oraciones de mi esposo por mí que tuvieron como resultado la transformación de mi corazón. Efectivamente él había reclamado las promesas de Dios y Dios había oído y respondido; mas ¿podría ser verdad que esas promesas eran así de reales y prácticas en TODO? ¿Bastaba con que yo firmara mi nombre bajo una promesa y la ingresara en el banco del Cielo? ¿Sería posible que hasta se pudiera recuperar la salud reclamando una de esas promesas y apropiándose de ella? Me parecía imposible que el Señor nos hubiera dado un privilegio así y que nos hubiera confiado tanto poder.

Nunca olvidaré el día en que caí en cuenta de la realidad, del HECHO de que las promesas de la Biblia eran cosas prácticas, que podía aplicar efectivamente según mis necesidades diarias. Para mí aquello fue una revelación. Por fin entendía lo que quería decir el señor B. y por qué estaba tan feliz el día que entrando en mi cuarto me dijo: "Acabo de hacer un gran descubrimien-

to." Ahora lo entendía yo también, porque yo misma había hecho ese descubrimiento. Por fin me había dado cuenta de que Dios, cuando en Su Palabra dio esas promesas tan numerosas, quería decir exactamente lo que dijo, y que El las cumple al pie de la letra siempre que con fe hagamos un esfuerzo por reclamarlas de una forma concreta.

La palabra de Dios dice: "Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia." (2^a de S. Pedro 1:4).

De modo que después de todo es grave eso de pasar por alto o tomarse a la ligera las promesas de Dios, porque por ellas nos hacemos "participantes de la naturaleza divina". Yo jamás habría osado tomar una promesa y caminar conforme a ella esperando que Dios me respondiera, porque según mi limitado conocimiento de la fe, no eran sino cosas del idioma bíblico, muy bonito, que no había que tomar en serio ni considerar que tuvieran aplicación práctica. Me temo que actuaba como la señora a la que le preguntaron: "¿Y por qué piensa usted que Dios hizo todas esas promesas en Su palabra? ¿Para qué están ahí?" "Pues de relleno", me imagino.

De todas formas, creo que cuando pensaba en ellas anteriormente, si alguna vez lo hacía, me debía de parecer más a aquella señora escocesa muy ignorante que se había pasado casi toda la vida apartada en las montañas de Escocia, y que era tan pobre que no podía ni pagar su alquiler, por lo que tenía que depender de su iglesia para su mantenimiento. Un día, cuando su pastor, que era muy bondadoso, le trajo la cantidad del alquiler, le dijo: "Sra. McKintrick, perdóneme que le hable tan directamente del asunto, pero estoy seguro de que lo entenderá. Los amigos que tiene que le ayudan a pagar el alquiler no entienden por qué su chico no la mantiene. Según tengo entendido, tiene una posición muy buena en Australia y es un buen chico y la quiere mucho. ¿Acaso no es así?" "Oh, sí", dijo la madre, "siempre me recuerda. Me escribe todas las semanas cartas cariñosísimas, quiero que vea una de sus cartas." Y curioso por saber algo más de un hijo así que tanto amaba a su madre pero que no la ayudaba económicamente, el pastor indicó enseguida que sí, que encantado vería una de sus cartas. Enseguida volvió la mujer con dos

paquetes, uno de los cuales puso en las manos del pastor diciendo: "Estas son sus cartas." El pastor estaba desanudando el lazo que las mantenía juntas, y entonces ella dijo: "Con cada carta me envía siempre un dibujo muy bonito. No es que sean muy grandes, justo del tamaño del sobre, pero eso demuestra que se acuerda de mí." El pastor alzó la cabeza, muy interesado y exclamó: "¿Un dibujo en cada carta?" Tenía más curiosidad que nunca. "¿Podría verlos también?" "Oh, por supuesto", respondió ella; "algunos son de la cabeza de un hombre, otros de un hombre montado a caballo, y otros tienen un retrato del rey. Ve, éste por ejemplo lleva al rey de Inglaterra, ¡viva el rey!" "¡Viva su hijo!", dijo el asombrado pastor; "óigame amiga mía, ¿sabía usted que es una mujer rica? Estos son billetes de banco, dinero. Usted aquí tiene una fortuna; y pensar todo lo que ha sufrido y lo malamente que ha vivido usted mientras tenía en su casa una gran riqueza que creía que eran dibujos."

Y ése era sin duda el problema que tenía yo respecto a las promesas de la palabra de Dios. Me parecían sólo ilustraciones bonitas, un lenguaje hermoso. Por ejemplo el salmo 23: "El Señor es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar, junto a aguas de reposo me pastoreará." Para mí no era sino poesía hermosa, un relato pintoresco. Ni por un momento soñé que tuviera una aplicación literal, que Jesús puede ser para nosotros un pastor y que puede cumplir en nuestra vida todos y cada uno de los versículos de ese salmo, si confiamos en El. Qué lástima que tantas personas lean hoy en día los cientos de promesas de la palabra de Dios de la misma forma que lo hacía yo.

Pero ahora todo era diferente. Me resultaba extraño que nunca me hubiera tomado literalmente la palabra de Dios. ¡Pues sí, El quería decir lo que dijo! ¿Cómo pude haber pensado otra cosa? ¿Qué ciega había estado! ¿Qué ciegos habíamos estado todos! Resulta que Dios había puesto a nuestra disposición recursos ilimitados y nosotros no los reclamábamos, sino que actuábamos exactamente como si esas promesas fueran meras palabras sin fondo. Como había dicho no se quién: "Imágenes bonitas expresadas en un idioma hermoso".

Ahora bien, había un obstáculo importante para mi restablecimiento, por el hecho de que en aquel momento ya no tenía auténticamente ganas de vivir. Desde que había "cambiado", se me había ido todo temor a la

muerte y tenía verdadera añoranza por llegar al Cielo. Había sufrido tanto que la vida había perdido todo su atractivo para mí, mientras que al mismo tiempo, y debido a mi nueva experiencia, el Cielo se había hecho muy atractivo. Yo, que en un tiempo había considerado el Cielo algo irreal e imaginario, ahora creía que era tan real como el mundo en el que vivía, y deseaba ardentemente llegar a alcanzar el descanso y las bendiciones de él. El Señor Mismo había llegado a ser tan querido para mí, que el solo pensamiento de que le vería cara a cara me resultaba tan maravilloso que casi no podía esperar. ¡Qué transformaciones tan maravillosas puede lograr la oración! Un día temía la muerte hasta el punto de sudar frío, y el siguiente ya no tenía ningún miedo, sino que en vez de eso lo que tenía era anhelo de cruzar la frontera de la muerte para llegar a una tierra mejor. Sentía nostalgia del Cielo, pero el señor B. me dijo: "¿Nunca has pensado que a lo mejor el Señor quiere utilizarte en vida y debes vivir para Su gloria? ¡Imagínate la cantidad de personas cuya fe saldría fortalecida si El te levantara de este lecho de muerte! ¿Acaso no quieres glorificarle a El?" Ese pensamiento era tan maravilloso que nada más oírlo mi corazón palpité más fuerte, pensando que de alguna forma podía glorificar Su nombre, de alguna forma serle de algún servicio. ¡Qué feliz sería si pudiera hacer la mínima cosa por El! El había hecho tanto por mí y lo amaba tanto, que esa sola idea me llenaba de regocijo.

Aquella noche, mientras una criada de la casa me leía en alto (después de haber abierto la Biblia al azar), entre otros pasajes leyó el siguiente: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para que Dios sea glorificado". Ese versículo me llegó al corazón como si Dios Mismo me lo hubiera hablado. Durante horas estuvo resonando dentro de mí hasta que por fin dije: "Oh Señor, he dicho que estoy dispuesta a morir encantada por ti; pero en vez de eso también viviré encantada por ti. Ahora dame la fe que necesito para vivir, la fe necesaria para reclamar Tus promesas y que Tú me levantes de este lecho de muerte." Aquella noche, cuando el señor B. entró en la habitación, le dije: "Voy a vivir para el Señor, pero tendrás que orar para que El me dé la fe que necesito, porque de verdad que no logro comprender cómo puede levantar a alguien que esté en el estado en que estoy yo, alguien tan indigno y que tiene tan poca fe." En realidad El era real para mí y lo amaba mucho, pero pensar que El podía obrar un milagro así actualmente

era más de lo que yo podía concebir, era un salto de fe demasiado grande.

Pero por fin fijamos una fecha para la oración, y decidimos el día en que le pediríamos al Señor que me levantara curada. El señor B. creía en que había que ser muy concreto. Muchas veces había dicho: "Dios ha sido muy específico con nosotros, nos ha dado promesas concretas sobre las que afirmarnos, cuyos términos son muy precisos, y nosotros tenemos que ser precisos con El. Tenemos que prepararnos concretamente, reclamar concretamente un par de promesas, y luego en una fecha concreta cerrar el trato y contarlo como hecho para siempre."

En esos días de espera me dormía memorizando promesas, y me despertaba repitiéndolas. Tantas ganas tenía de tener fe, la clase de fe correcta, y tanta como yo creía necesaria para obtener algo así del Señor. Quería hacer mi parte. Ojalá hubiera sabido entonces que la fe que obtiene cosas de Dios no es "algo muy grande", ¡sino sencillamente TOMARLE LA PALABRA A DIOS!

En el sanedrín

Me gustaría dedicarle un capítulo a un incidente bastante interesante y curioso que ocurrió en aquella coyuntura. Había un ministro del evangelio llamado David Catchpole, un hombre de Dios muy dedicado, que me había visitado alguna que otra vez durante mi enfermedad. Era el pastor de la iglesia bautista, una de las mayores y más importantes de la ciudad. Lo mejor de todo era que el hermano Catchpole creía en la Palabra, no era un modernista.

Un día vino a visitarme y me dijo: "Sra. B., la Asociación de Ministros se va a reunir en el salón de su casa el lunes que viene a las 3 de la tarde, y como su habitación está situada justo al lado, pensé que a lo mejor si dejábamos la puerta abierta podría usted oír la charla. Sé que se debe de sentir muy sola y que las horas deben de pasar muy lentamente para usted, y me parece que disfrutará escuchando al menos en parte la reunión. Encatados hablaremos del libro que usted escoja, y por eso se me ocurrió que me pasaría por aquí para preguntarle cuál es el que usted elige para poderlo preparar. ¿Qué libro quiere usted que discutamos?" Yo le respondí: "Hermano Catchpole, agradezco mucho la atención. El Sr. B. me ha estado leyendo un libro que me encantaría que la Asociación de Ministros discutiera mientras yo escucho." Se trataba del libro del testimonio de la vida de A. B. Simpson, de su maravillosa curación y de otras maravillosas respuestas a la oración. El lunes siguiente, los pastores de las diversas confesiones vinieron a aquella parroquia, y tal como estaba planeado trataron del libro que les habíamos dado. Aquel día yo me sentía muy mal y bastante deprimida, por lo que la primera parte de la reunión no la oí, la lectura del libro o la primera parte de la discusión. Pero hacia el final la conversación se volvió bastante acalorada y las voces se agudizaron, y llegó a mis oídos lo siguiente, cuyos detalles me contaron después el Sr. B y el Sr. Catchpole. En resumen fue lo siguiente:

Tenía la palabra el reverendo Phineas T. Lynn, pastor de la iglesia metodista de la ciudad, uno de los santos de Dios más preciosos que he conocido en mi vida; lo que decía era en esencia lo siguiente: "Yo creo ciertamente que Dios quiere decir exactamente lo que dice en Su palabra, y yo creo que Jesucristo no ha cambiado. Somos nosotros los que hemos cambiado. Ya no

tenemos fe, y en vez de reconocer que nos falta fe, le echamos la culpa a la Palabra de Dios, diciendo que no es para nosotros en la actualidad. En vez de eso lo que tendríamos que hacer es subir nuestra fe al nivel de la Palabra de Dios."

Sr. B.: "El hermano Lynn ha expresado mi punto de vista. Como la iglesia ha fallado en fe, ha intentado rebajar la Palabra de Dios al bajo nivel de su fe, diciendo que estas promesas fueron sólo para los tiempos apostólicos y no para la actualidad, y que los milagros de Cristo sólo sirvieron para introducir Su ministerio. Ha hecho eso en vez de alzar su fe al nivel de la Palabra de Dios. Por el solo hecho de que no tenemos fe en algo, decimos que es que no es para nosotros en la actualidad."

Hermano Lynn: "Por mi parte, hermano, quiero confesar que somos nosotros los que hemos fallado. Yo creo exactamente lo que dice la Biblia: 'nada hay imposible para Dios', y Jesucristo está tan dispuesto a responder las oraciones y satisfacer la fe como en los días de los apóstoles. El que no se estén haciendo cosas mayores en Su nombre es por nuestra falta de fe, y no por Su falta de gracia."

Hermano Catchpole: "¡Yo creo lo que dice la Biblia, que 'Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos'!"

Un hermano que tenía dudas: (Me reservo la mención del nombre de este pastor. Se le notaba muy alterado cuando habló, y parecía muy enfadado): "Bueno, por lo que veo algunos de ustedes predicadores creen que Cristo sigue obrando milagros en la actualidad, y entienden estas promesas de un modo muy literal. De acuerdo, voy a proponer algo, algo así como un desafío. Ahí dentro, en esa habitación hay una enferma, la Sra. B., una de las inválidas más dignas de compasión que he visto en mi vida. Cuando venía para acá me encontré con su médico y le paré un momento para preguntarle cómo se encontraba. Me respondió: "A mí me resulta sorprendente que una mujer siga viviendo en el estado en que ella se encuentra, con el poco alimento que es capaz de tomar. Ultimamente cada vez que suena el teléfono pienso: "Es el fin, la Sra. B se ha muerto." Es que la vida de esa señora no pende de un hilo, sino de un pelito finísimo." Hermanos, yo creo en lo que dice su médico. USTEDES creen todos estos disparates. Pongámoslo a prueba. Por mi parte quiero dejar bien claro que no estoy de acuer-

do con algunos de ustedes. Cualquiera tonto se da cuenta de que la época de los milagros ya ha pasado. De acuerdo. Ahí dentro yace la Sra. B., un caso perdido; en eso estamos todos de acuerdo. Pues bien, si ustedes creen todo esto, pruébenlo con ella." Y con esto se dirigió hacia la puerta, la abrió, y cerrándola de un portazo abandonó la reunión.

Pero antes de que la cerrara, el hermano Catchpole tuvo tiempo de responder: "¡Eso es exactamente lo que tenemos pensado hacer!"

Quiero decir aquí, antes de terminar el relato, que "lo probaron conmigo", y que el lunes siguiente, a las 3 de la tarde me presenté en la reunión de ministros "sanada completamente", ¡y tan feliz y optimista como cualquiera de los vigorosos caballeros que estaban allí!

NOTA: Quiero que mis lectores sepan que por ese hombre que abandonó la habitación siento más compasión que ganas de censurarlo, y lo mismo por los que piensan de forma parecida, porque sé que circulan muchas enseñanzas falsas sobre este tema actualmente. Hay muchas "sectas", "ismos" y "ciencias" que le han dado mucha importancia a la curación, y casi no se puede culpar a la gente que rehúye esa palabra. Te habrás fijado que he procurado no utilizarla en este relato de mi maravillosa experiencia, porque no quiero que me conecten de ninguna forma con esas sectas de curación ni con ningún grupo filosófico. No hemos tenido ninguna relación ni queremos tenerla con nada que no sea la pura Palabra de Dios, la sencilla fe tradicional y las promesas de Dios presentadas tal como están en Su Palabra. De todas formas, porque esas "sociedades filosóficas", "filósofos modernos" y "ciencias" hayan tomado algunas Escrituras maravillosas y algunos principios de fe de la Palabra de Dios y los hayan adornado con enseñanzas que no proceden de las Escrituras, presentándolos al mundo como si fueran nuevas enseñanzas, no vamos a dejar de apropiarnos de las maravillosas promesas de Dios, ni vamos a volvernos en contra de esos mismos principios de fe que ellos han robado.

Es verdad que hay religiones que toman una parte del maravilloso conjunto y la distorsionan hasta que es imposible reconocerla. Hay miles y miles de personas que han abandonado nuestras iglesias en busca de alivio mental y físico en estas sectas modernas, sólo por el granito de verdad que tienen, como por ejemplo ese principio de fe al que dan mucha importancia y que los dirigentes de estas sectas les han explicado por primera vez en sus vidas. Son como hombres agonizantes que se agarran a cualquier pajita, ven esperanzas donde hasta ahora ha habido desesperación. Lo que no comprenden es que con este granito de verdad viene mezclada mucha mentira, y al aceptar el conjunto de una fuente tan poco de fiar, se involucran en un reniego de algunas de las verdades fundamentales del cristianismo. Pobres corazones engañados, no se dan cuenta de que muchas veces el enemigo de nuestras almas utiliza verdad de la Palabra de Dios mezclándola con error, en un intento de fabricar una religión falsa. Son miles las personas que aceptan esta invitación, por el hecho de que en ella van incluidas ciertas Escrituras. Pero nosotros, los de las iglesias, hemos descuidado este importante principio de fe, y como consecuencia miles de personas han abandonado nuestros grupos para unirse a los grandes templos de estas sectas. Hay quien ha dicho sabiamente: "Una oveja enferma sigue a cualquiera, cualquier cosa". ¿Por qué no oramos por nuestros enfermos? Nuestras iglesias se verían ampliadas, nuestra fe fortalecida, y se harían cosas maravillosas en el nombre del Señor si enseñáramos a estos queridos que están enfermos el camino de la fe. ¡Oremos por nuestros propios enfermos!

El día señalado; y la decepción

Por fin llegó el día señalado, y llegaron también los amigos que iban a orar por mí. El hermano Catchpole, su esposa y el Sr. B. hablaron conmigo alrededor de mi cama durante unos minutos antes de la oración. El Sr. B. dijo: "¿Te importaría decirnos qué promesa has elegido para afirmarte?" "Bueno, he elegido no sólo una, sino varias, porque pensé que si una promesa era buena, pues varias mejor." Entonces alguno de ellos dijo riéndose: "Siempre ha hecho lo mismo con las medicinas. Siempre pensó que si una pastilla le venía bien, que tres le vendrían mejor; y que si una cucharadita de medicina le iba a hacer bien, que cuatro seguro que la curaban." Y yo exclamé: "Pero estas promesas son todas diferentes, van a ver." Había elegido Exodo 15:26: "Yo soy el Señor tu sanador." Salmo 103:3: "El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias." Marcos 9:23: "Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible." Santiago 5:14,15: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados."

Era bastante extraño que yo hubiese elegido esta última promesa, porque yo nunca había visto que ungiesen a nadie; nunca había sido una práctica de nuestra iglesia y yo nunca había conocido personalmente a nadie que acostumbrara a hacer eso. Pero tenía mucha fe en ese pasaje, porque decía: "Si hay alguno enfermo entre vosotros, llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite." Me pareció que era una receta muy detallada, muy bien explicada, de forma que sabía exactamente qué es lo que tenía que hacer. También me pareció que yo tenía todos los ingredientes necesarios: Primero que nada, el versículo decía: "Si hay algún enfermo entre vosotros", y yo no hay duda de que estaba enferma. Luego ordenaba: "llame a los ancianos de la iglesia," y allí teníamos a dos ancianos, dos ministros del evangelio. En tercer lugar decía: "y únjanle con aceite;" y también tenía yo el aceite preparado. ¿Y el cuarto ingrediente? "La oración de fe"; y yo estaba segura de que si había alguien capaz de orar, er

el Sr. B. Y en cuanto a este pasaje del quinto capítulo de Santiago, yo sabía, porque había estudiado la Biblia, que el libro de Santiago se escribió mucho después de la ascensión de Cristo, por lo cual no se podía decir que había sido escrito únicamente para la época de Cristo, sino que se escribió para una iglesia ya bien organizada después de que Cristo hubo abandonado la tierra; era un rito valedero para todas las iglesias actuales.

"Ahora ya estoy lista", dije, y cité las promesas que acabo de mencionar. El hermano y la hermana Catchpole se inclinaron y me impusieron las manos al tiempo que el hermano Catchpole citaba algunos versículos de las Escrituras. En la habitación reinaba un silencio profundo, porque daba la impresión de que todos se daban cuenta de la solemnidad del momento y de la responsabilidad que recaía sobre ellos. Entonces el hermano Catchpole me ungió la cabeza y citó Santiago 5:14,15, tras habérselo pedido yo. Luego el Sr. B. oró "la oración de fe", y de verdad que FUE una oración de fe. Creo que son pocas las veces en la vida en que una persona oye una oración así. No había nada de afectación, no era una pura formalidad, te lo aseguro; lo que hizo fue "hablar" con el Señor sencillamente, y decirle que no se podía atrever a incumplir Su Palabra. Citó muchas veces seguidas ese verso que dice: "Confírmame Tu Palabra, oh Dios." Fue la oración de una fe desesperada, surgida a consecuencia de pasar unos días desesperados. Le echó al Señor toda la responsabilidad, diciéndole que nosotros lo habíamos puesto todo en el altar, y que sólo buscábamos Su voluntad. Y ya no había nada más que hacer, sino depender absolutamente de El, contando con que El guardaría Su Palabra. La oración tenía una finalidad tajante, era un compromiso que lo abarcaba todo y que zanjaba la cuestión, ya que al parecer no le dejaba otra opción al Señor. La verdad es que la oración aquella me dejó a mí perpleja. Creo que el tono en que la hizo correspondía con ese trozo de versículo que dice: "Mandadme." Yo le había estado rogando y suplicando al Señor, y aquello fue como oír a alguien que se dirigía directamente a las puertas del Cielo y decía: "Me habías dicho que tenías un paquete para mí, he venido a recogerlo." Me dejó bastante asombrada. Pero todo se hizo con una sinceridad tan bonita y una fe tan infantil que yo estaba segura de que el Señor lo entendería. (A partir de entonces también yo he llegado a entenderlo a la perfección). Me esforcé por

ver la cara del Sr. B. mientras oraba, pero como ya te dije, me estaba quedando ciega muy rápidamente y sólo veía vagamente la silueta; pero la oración que oí me llegó a lo más profundo del corazón, y creía que Dios no tenía más remedio que responderla. Yo me apoyaba muchísimo en la fe del Sr. B.

Me había quedado agotada por el esfuerzo que suponía tener invitados en la habitación, y me dejaron un rato sola para descansar. La verdad es que estaba totalmente exhausta por el esfuerzo que había hecho para llegar a tener una fe muy grande, digna de la ocasión. Seguía teniendo la idea de que la fe era algo muy grande que se le presentaba al Señor de una forma determinada, cual un paquete perfectamente envuelto, atado y que se entrega en el momento preciso. Cuando terminó todo, como he dicho, quedé exhausta por el esfuerzo, y sentí mucho miedo; por alguna razón me di cuenta de que mi fe no había sido suficientemente grande, que no había llegado al nivel necesario para lo que habíamos pedido. Entiendes, yo estaba considerando mi fe en vez de las Promesas de Dios. Esperaba que saliera algo de mi pobre persona, y no esperaba que fuera todo obra de El.

Había llegado el día señalado, y había pasado, habíamos ofrecido la oración que esperábamos. Yo había obedecido la Escritura, pero no había ocurrido nada. En vez de sentirme mejor, si acaso me sentía peor. Sinceramente, al cabo de un par de horas pareció que me iba a ir al otro lado. Quiero que sepas que aunque he hablado de estos días de preparación, convesaciones, visitas, etc., mi estado no había mejorado. Me encontraba igual de impotente, más aun. Sólo era capaz de susurrar muy suavito; las únicas partes del cuerpo que podía mover con un poco de libertad eran mis labios, ojos y mi brazo derecho. Pensé en lo horrible de mi estado, y vi que no había mejorado, y empecé a perder esperanzas. Una desilusión muy amarga y una gran pena inundaron mi corazón, y lloré amargamente.

“Un silbo apacible y delicado”

El Sr. B. había salido de casa y no volvería hasta al cabo de unas horas. La enfermera profesional que me había estado atendiendo se había ido inesperadamente unos días antes, diciendo que era totalmente ridículo que en esta época esperáramos que el Señor obrara un milagro, y que ella no iba a tomar parte ninguna en esa necedad. Hay gente que está decidida a enterrarte, pero que no está dispuesta a darle a Dios una oportunidad de mantenerte con vida. Ahora quedaba una señora hawaiana muy amable que tenía que hacer de enfermera y de ama de casa a la vez; cada poco se acercaba a mi puerta para preguntar atentamente si necesitaba algo, pero la mayor parte del tiempo me quedé a solas con el Señor. Yo tenía una campanita colgada de forma que con sólo levantar la mano la podía hacer sonar, cuando necesitaba ayuda. Me alegré de quedarme sola, porque quería pensar en todo lo que había ocurrido. No me quedaría satisfecha hasta saber por qué no había respondido el Señor la oración del Sr. B. No es que guardara ningún rencor, sino que me sentía muy dolida. Desde aquel día en que mi corazón se transformó de forma maravillosa y conocí al Señor, había tenido muchos momentos de dulce comunión con El. Esos momentos eran tan reales y tan maravillosos como los que vive una persona cuando se encuentra cara a cara y puede hablar con la persona que más ama. Ninguna conversación de esta tierra podía haber sido más natural, más auténticamente real que las pequeñas charlas que nosotros sosteníamos, de modo que me decidí a hablar así con El para averiguar dónde estaba el origen del problema. De modo que oré de esta forma: "Querido Señor, hemos obedecido Tu Palabra al pie de la letra, hemos reclamado Tus promesas y las hemos creído. Mi esposo hizo la oración de fe y contaba con que yo iba a ser sanada, pero no ha ocurrido nada; estoy igual de enferma que siempre, si acaso peor. Querido Señor, dime por favor qué es lo que pasa, dime cuál es el problema. No sólo estoy preocupada por mí, sino también porque tu reputación está en juego. En el momento en que oraban por mí, estaban celebrando reuniones de oración en cinco iglesias diferentes, y también sabes lo de esa reunión de ministros, y luego están aquellos otros predicadores que han orado por mí. Señor, será perjudicial para Tu causa, la gente perderá fe. Por favor, te ruego que me hables como lo has hecho ya antes, y yo intentaré entender.

Amén." (Es curioso lo que me preocupaba la reputación de Dios. Después, más recientemente, me he dado cuenta de que El puede cuidar muy bien solo de Su reputación). Entregué el asunto en manos del Señor y sabía que no me iba a dejar en la ignorancia, sino que respondería a mi oración y me diría de alguna forma por qué no me había sanado.

Me quedé descansando en silencio, casi dormida, cuando de pronto me acordé de un versículo de las Escrituras, pero de una forma muy curiosa e inesperada. Digo curiosa porque fue algo muy diferente de las otras veces en que me venían a la mente Escrituras. No fue como un versículo, fue una voz; y no es que me viniera a la mente, que va, sino que me salió del corazón. La Palabra de Dios habla del "silbo apacible y delicado" que nos habla desde dentro, y no hay duda de que yo oí esa voz. Fue sólo un trozo de Escritura y llevaba años oyéndolo, pero de pronto se convirtió en un trozo nuevo para mí, como si nunca antes lo hubiese oído. Desde entonces muchos cristianos dedicados me han dicho que muchas veces se les han iluminado versículos de esa forma; versículos de las Escrituras que nunca antes les habían llamado la atención particularmente, después de orar de repente se abrían como un libro a sus entendimientos y se les quedaban grabados en la conciencia como si se los hubieran escrito con fuego, y el mensaje que recibían era tan personal como si hubiera llegado directamente desde el mismísimo trono de Dios. El que recibiera esa frase de forma tan clara, conmovedora y personal es una de las partes de mi experiencia más difíciles de explicar. Cuando me pongo a pensar y a recordar esos días en que Dios me castigó y me enseñó, sigo teniendo la impresión certera de que la forma de recibir ese versículo fue igual de milagrosa que el momento en que me levanté instantáneamente de aquel lecho. Como ya he dicho antes, fue más una voz que un versículo, que de una forma muy clara y muy tierna pero con mucha autoridad me habló interiormente estas palabras: "Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá." (Marcos 11:24). Las palabras "creed que lo recibiréis" fueron las que más sobresalieron, como si toda la idea del versículo fuera esa, "creed que recibiréis." Fue algo instantáneo. Enseguida me di cuenta de qué era exactamente lo que el Señor me quería decir. ¡Que yo no había creído que había recibido! Claro que había creído positivamente que El había oído nuestra oración y que le preocupaba mi sufrimien-

to, y que era Su Voluntad el darme el deseo de mi corazón; pero desde luego no había creído que lo había RECIBIDO. Entonces me rebelé un poco por dentro, y le respondí al Señor muy perpleja: "Pero Señor, no puedo creer que me estás pidiendo esto, que un Padre tan amoroso como Tú le pida a una pobre criatura como yo que crea que he recibido algo de lo cual no tengo la más mínima evidencia. Tú eres omnipotente y omnisciente, pero yo no soy sino un granito de polvo. ¿Cómo me pides que yo crea que me has dado algo y que lo he recibido cuando ni uno solo de mis cinco sentidos testifica que sea así, y cuando sé positivamente que mi estado no ha cambiado en lo más mínimo? Eso es pedir demasiado, no lo entiendo." Y en ese momento, de la misma forma en que había oído dentro de mí el primer versículo, me vinieron estos pasajes de las Escrituras. No recuerdo que haya memorizado conscientemente esos versículos, porque no los recordaba sino de una forma muy vaga, pero en ese momento los oí de forma tan clara como si los estuviera leyendo en Su Palabra: "Dios, el cual da vida a los muertos, y llama a las cosas que no son, como si fuesen." "Abraham, no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto", "tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios." (Epístola a los romanos 4:17,19,20.) Repetí estas líneas muchísimas veces, sabiendo exactamente lo que el Señor se estaba esforzando por revelarme, que Abraham, aunque su cuerpo estaba ya como muerto, no consideró SU CUERPO sino las PROMESAS DE DIOS, y estaba tan seguro de que Dios iba a guardar Su Palabra que no dudó por incredulidad, sino que le dio gracias a Dios porque sabía que era capaz de cumplir lo que había prometido. ¡En un instante lo entendí todo! Resulta que yo estaba considerando mi cuerpo que estaba como muerto, y tenía en cuenta mi estado de moribunda, la enfermedad, el sufrimiento, los síntomas, y le daba importancia a todo ello, cuando lo que el Señor quería era que contara únicamente con Su Palabra. Por fin entendí claramente que el Señor me pedía que le creyera a El, ya viese una mínima transformación en mi estado o no. El quería que yo andara por fe y no por vista, que creyera que lo que El había dicho era verdad, sólo porque El lo había dicho, aunque no tuviera a la vista ni la más mínima evidencia. El lo había dicho, y eso bastaba. "La fe es la certeza de lo que se espera, la evidencia de lo que no se ve." Para mí fue una revelación fabulosa, y mi corazón exultó cuando entendí exactamen-

te lo que El me estaba diciendo y cuál era la lección que El quería que aprendiese. "Oh, Señor, ya veo. Ahora entiendo. Quieres que yo lo crea sólo porque Tú lo has dicho, no por haberlo sentido o visto. Creo en Tu Palabra, sólo porque es Tu Palabra. La creo por encima de todo lo demás, no puede fallar. Creo, Señor, que en el momento en que oraron por mí, en ese momento, Tú me diste exactamente lo que había pedido, pero que no lo recibí porque pensaba recibirlo no en ese momento, sino en el futuro. Ahora veo que Tu Palabra dice que 'CUANDO OREIS, creed que lo recibiréis', pero yo no lo recibí cuando oré. Sólo esperé, esperando que me lo darías en algún momento futuro, cuando Te pareciera bien. Pero ahora sé que lo recibí en ese momento, cuando oraron, pero que no lo creí porque no vi ninguna evidencia. Ahora, Señor, que entiendo, estoy dispuesta a confiar sólo en Tu Palabra. Gracias, querido Señor, por revelármelo, y perdóname mi falta de fe."

En ese momento estaba maravillada de que pudiera haber sido tan ciega como para haber querido tener evidencia antes de creer, que no es más que andar por vista en vez de por fe. Me maravillaba que no me hubiera dado cuenta antes de que las cosas son como son porque Dios lo ha dicho, y que eso basta. Interiormente daba saltos de alegría, y entonces nació en mi alma algo que desde aquel día no ha cambiado en absoluto: es una confianza firme y duradera en la Palabra de Dios. Repetí en alto muchas veces seguidas: "Es la Palabra de Dios, no puede fallar. Es la Palabra de Dios, El no puede mentir." Me pareció ver esta maravillosa Palabra de Dios en marcha a lo largo de los siglos de la historia, indestructible a pesar de muchos ataques. Sus críticos la han puesto por los suelos y sus enemigos la quemaron muchas veces, y a pesar de todo ha aguantado la prueba del tiempo y de la persecución, sigue siendo la misma, la indestructible, infalible, inagotable y maravillosa Palabra de Dios. Me inundaron una alegría y un éxtasis indescriptibles, porque ya estaba sanada a los ojos de Dios, y así tenía que ser, porque El lo había dicho. Era algo inequívoco, no podía y no iba a dudar de Su Palabra. El había dicho: "Creed que lo recibiréis y os vendrá," y eso fue lo que hice, creí que lo había recibido, y me había venido. ¡No había nada que me pudiera hacer creer lo contrario! En aquel momento no me pareció extraño en absoluto que no me pudiera mover ni que no viera, que fuera una inútil total y que a pesar de todo me estuviera regocijando porque

el Señor me había devuelto la vida y la salud y me había sanado completamente. Entonces se me ocurrió ese pensamiento que está en un pasaje de Romanos: "Abraham dio gloria a Dios, sabiendo que El era poderoso para hacer lo que había prometido." Pues yo haría lo mismo. Me pareció que según las Escrituras eso era lo siguiente que tenía que hacer, alabar a Dios sencillamente por su maravillosa respuesta a la oración y por el maravilloso don que me había dado. De modo que susurré: "Gloria a Dios, gloria a Dios." Repetí esa frase muchísimas veces, una detrás de otra. Eso es lo que Abraham había hecho. La familiar frase "alabado sea el Señor" ni se me ocurrió. Si tú recibieses un telegrama en el que te dijeran que acababas de heredar una gran fortuna que resolvería tus muchos problemas y satisfaría las necesidades de tus seres queridos, te aferrarías a ese telegrama y te alegrarías inmensamente. Pues yo había recibido un telegrama así, y me aferraba a esas promesas de las Escrituras regocijándome con "gozo inefable y glorioso." Y entonces, ¡oh maravilla de maravillas! De repente me di cuenta de que mis dos brazos se habían levantado. ¡Ese brazo que había sido unútil estaba levantado, de verdad, alabando al Señor, totalmente derecho levantado en el aire! Lo miré como quien mira una cosa rara, lo toqué con la otra mano, lo alcé y lo volví a bajar varias veces. ¡Estaba tan sano como el otro! ¡Y lo veía todo a la perfección! ¡Ya no tenía la vista débil en absoluto! ¡Y estaba moviendo la cabeza de un lado para otro sin darme cuenta! ¡Y también me movía en la cama sin que nadie tuviera que ayudarme! ¡Estaba riéndome y llorando a la vez, sollozando de alegría! Me di la vuelta rápidamente y toqué la campanita que tenía colgada a mi derecha y Mary respondió inmediatamente. Se paró en la puerta y me miró como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. "Rápido, Mary", dije, "tráeme unos almohadones y ayúdame a recostarme. Me voy a sentar. Date prisa, por favor." Ignoro por qué no hice el esfuerzo de levantarme de la cama y ponerme a andar en ese momento, que fue lo que hice unos minutos más tarde, a no ser que el Señor me quisiera enseñar una lección que ya contaré más adelante. Aquella querida mujer en ese momento no entendió, se asustó y me recostó nerviosamente en los almohadones, tras lo cual se fue a telefonar al médico.

Había dos médicos que me atendían. Uno era un osteópata, y el otro un médico general. El Sr. B. había sentido el impulso de dirigirse a los dos para decirles

francamente lo que contaba que el Señor hiciera por mí. El osteópata y su mujer escucharon lo que dijo muy atentamente y confesaron que tenían fe en que nada había imposible para Dios. Pero el doctor en medicina general, sin embargo, se mostró muy escéptico acerca del asunto y le informó al Sr. B. en términos tajantes que no había la más mínima esperanza de que yo siguiera con vida, y que confiaba en que no fuera a hacer ninguna tontería. Y ahora era él el que hablaba por teléfono: "¿Dice que se quiere levantar y que quiere andar? ¿Qué está sentada en la cama? Bueno, ahora estoy atendiendo un parto y no puedo ir. Que no se mueva, que ya iré más tarde." Mary volvió a la habitación, con el rostro tenso, e hizo ademán de volverme a tender en la cama. Yo le dije: "Mary, en esta habitación está obrando Dios ahora mismo, y no debe usted ponerse en Su camino. Ponerse delante de Dios, en Su camino, en momentos en que está obrando de forma tan definitiva como ahora, es como tenderse en la vía del tren cuando se acerca un expreso a toda velocidad." "Pero es que se ve claramente que está delirando, es la agonía final"; exclamó ella; "tiene que mantenerse quieta, el médico lo dijo."

Pero cuando ella vio lo desesperadamente ansiosa que estaba yo y que el Señor estaba en verdad obrando en aquella habitación, se fue cerrando la puerta; pero yo oí que se había quedado allí fuera, y creo que estaba llorando. Mi discusión con Mary había hecho que apartara los ojos del Señor durante un momento, y algo del miedo que sentían ella y el médico tocó por un momento mi corazón. Ahora no tengo espacio para relatar la terrible prueba de fe por la que pasé durante unos minutos. Pedro dijo: "Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo." (1ª de S. Pedro 1:7). Ahora, después de muchos años, entiendo la razón por la que me dejó pasar aquella prueba de fe, pero en esos momentos me resultó muy dura y no la entendí. La única cosa que entendía era que la

NOTA: Este delirio de los agonizantes consiste en que a veces los moribundos se sienten de pronto llenos de fuerzas. Se sabe que algunas personas se han puesto a cantar, a orar, a dar últimos mensajes de despedida a sus familiares, etc., incluso habiendo estado muy débiles pocas horas antes, capaces únicamente de susurrar y a veces hasta inconscientes.

Lo que sí entendí y fue que la Palabra de Dios era verdadera y que no podía fallar, y con cada prueba yo decía: "Es la Palabra de Dios; no puede fallar Es la Palabra viva de Dios y no debo temer. "Cuando el El fuego de las pruebas se tornó tan ardiente y tan severo que apenas podía soportarlo, las dudas y los temores me asaltaban como si las legiones del infierno se hubieran desatado decididas a derribar el testimonio de la Palabra de Dios. Algunos meses antes, me había reído de la concepción del demonio que un amigo tenía como de una verdadera persona, y líder de las fuerzas de la oscuridad, pero en ese momento me convencí que esas fuerzas estaban determinadas a que yo no recibiera la bendición que buscaba. Supe entonces que mi lucha no era "contra la carne y la sangre, sino contra principados, contra poderes, contra los gobernantes de la oscuridad de este mundo, "pero en mi corazón existía una tan profunda confianza establecida sobre la veracidad de la Palabra de Dios que nada en el El mundo la podía sacudir. A cada tentación, a cada prueba, a todo miedo, mi corazón respondía: "Es la Palabra de Dios; no puede fallar". Y al final cuando el el siguiente pensamiento me vino como venido del mismo infierno, (hasta ese punto había llegado la prueba), "¿Cuánto más vas a creer la Palabra de Dios sin ninguna evidencia ver?" "Respondí en propiedad:" Es es la Palabra de Dios y la creeré, incluso sin ninguna evidencia ver. Lo creeré simplemente porque Dios así lo dijo, y eso es suficiente. "No pude evitar pensar en ese versículo de la Escritura donde Jesús le dijo a Pedro: "Satanás ha pedido zaratarte, pero yo he orado para que tu fe no te falle".

Y EN ESE PRECISO MOMENTO ME SANÉ! En ese mismo momento el Señor me dejó VER aquello que había estado sólo creyendo. La parálisis había desaparecido de mi cuerpo! ¡Me sentí fresca y descansada y me senté en la cama!

La puerta se abrió y entró el señor Berg. Y supo de inmediato lo que sucedía. Había ocurrido y comencé a agradecerle al Señor, pero interrumpí: "Por favor, consígueme un kimono y unas zapatillas - algunas de ropa de algún sitio - voy a caminar ". Me deslicé por un lado de la cama y toqué el suelo con mis pies, erguida, y sin ninguna ayuda, comencé a caminar. Sin ningún apoyo, ni nadie a quien recurrir, pues ya lo había palpado a Él.

Entré a la otra habitación, me incliné sobre la cama y besé a mi querido y pequeño hijo a quien no había podido cuidar, y mi mente volvió al día de Navidad cuando ese terrible accidente nos había separado y roto mi corazón. Todo pasó en mi mente como un rápido recuerdo, y dije en mi corazón: "Ya puedo entenderlo todo;

sucedió que Dios había tenido que quebrantar mi obstinada voluntad obstinada; había tenido que aplastarme para rehacer mi vida de nuevo; había tenido que paralizarme para entonces coronarme de su amor y de sus bendiciones ". Anduve sobre ese piso, como la mujer más feliz del mundo. La carga de la enfermedad, del dolor y del pecado había sido retirada de mi vida! No solo había nacido de nuevo espiritualmente, sino que sentía como si físicamente hubieran vuelto a hacer. Como el El profeta de la antigüedad dice: "El recipiente fue estropeado en las manos del alfarero, pero lo volvió a hacer". Cuando me di la vuelta para caminar de regreso a la habitación donde mi esposo estaba de pie mirándome, me vinieron las siguientes líneas de un poema que en alguna parte había escuchado, pero que no podía recordar en su totalidad:

*"En vano añoro la música
Que mía nunca será más.
Sólo escucho el sonido de unos pasos,
De mis propios pasos sobre el piso.
Sueño con los días que ya se fueron,
Cuando mis labios aprendieron a hablar,
Con el amor de una madre, que con cariño.
Le enseñó a su niño pequeño a caminar.*

*En vano añoro la música
Que mía nunca será más.
Sólo escucho el sonido de unos pasos,
De mis propios pasos sobre el piso."*

Pero yo escuchaba esa música al caminar, Oyendo "mis propios pasos sobre el piso. "Por supuesto que mantenía mi corazón elevado al Señor a todo momento, porque sentí como Pedro de antaño, que si quitaba mis ojos de Él por un momento las olas me iban a envolver. Tantos seres queridos me han preguntado por ese momento: "¿Cómo te sentiste cuando sucedió eso? Cuéntanos exactamente cómo te sentías". Realmete no fue nada inusual la forma en que físicamente me sentí, simplemente me sentí feliz y normal, aunque hubo una cosa que destacaba en mi conciencia por encima de todo lo demás, y esa era La "cercanía" con que sentía al Señor. No la puedo describir, simplemente sentía su presencia tan real, y tan cerca, que no me hubiera sorprendido lo más mínimo haberlo visto con mis ojos naturales.

Sonó la campana de la cena y le dije al Sr. B.: "Tengo hambre. ¿Qué podría comer?" Y él sonriendo ante mi apetito, respondió: "Bueno, creo que podrías comer lo que cualquier mujer normal podría comer." "Bien", dije. "Entonces voy a tomar una auténtica cena, porque ya estoy harta del 'alimento'". Porque en ese momento Mary me trajo a la habitación un vaso lleno de mi "alimento" líquido y el tubito de vidrio, que era lo que utilizaba para beberlo. Lo miré por un momento, y diciéndole adiós para mí misma, exclamé: "La verdad es que la verdadera 'comida' es muy diferente del 'alimento'." ¡Y adivina lo que tenían para cenar! ¡Hamburguesas fritas, sauerkraut frita y patatas fritas en manteca de cerdo! Me lo comí todo de buena gana, y luego no me sentí en lo más mínimo indispuesta. Aquella noche dormí sin despertarme, tumbada sobre mi lado izquierdo; tuve un sueño tan pacífico como el de una niña. El Sr. B. dijo que se acercó a mi cama varias veces durante la noche, y que cada vez se iba alabando más fuerte al Señor, porque me veía descansando tranquila y silenciosamente tumbada de lado por primera vez en años.

Del lecho de muerte al púlpito de la noche a la mañana

A la mañana siguiente fui andando a la iglesia y hablé en público ante los que estaban allí reunidos... en la iglesia de la cual era pastor mi marido.

Estaba tan delgada, que cuando me vestí para ir a la iglesia alguien de los de casa dijo riéndose: "La ropa te queda que parece que sea un saco colgado de un palo." Alguien más dijo que parecía un fantasma, y que sólo me faltaban las ropas mortuorias para repetir la escena de Lázaro. Pero a mí me daba igual, ya no me importaba la apariencia. Me absorbía toda un único pensamiento: que Cristo era real y que se me había manifestado. Su Palabra era real y me había sido probada. La oración era real y había cambiado totalmente mi vida. A partir de entonces, y con todo aquello, tenía a mi disposición los recursos del cielo, siempre que me gustara la vida que a El le agradaba. Me daba la impresión de que se abría ante mí una vida llena de posibilidades ilimitadas. Nunca me había parecido tan maravillosa, tan bienaventurada, tan llena de esperanzas, de nuevos deseos y de la conciencia de Su duradera presencia a mi lado. La vida había cambiado del todo y completamente para mí. Si alguien me hubiera dicho: "¿Has recibido una gran bendición?" Yo habría respondido: "Le he recibido a El." Si hubieran dicho: "¿Has recibido una gran bendición?" Yo habría respondido: "No, he encontrado AL QUE BENDICE." Si hubieran dicho: "¿Has recibido la salvación", yo habría replicado: "No, he recibido al SALVADOR." Cristo lo era todo, un maravilloso amigo, consolador y compañero que se había introducido en mi vida. La bendición que había recibido en mi alma era mucho mayor que la que había llegado a mi cuerpo. "Y todos los que Lo tocaron, quedaron sanos." Ahora sabía exactamente lo que significaba ese versículo, porque yo Le había tocado. No se trataba de una terapia mental, ni de ninguna sicología inteligente, ni de ningún sistema de curación. Era sólo que con fe infantil había estirado el brazo y había tocado "EL BORDE DE SU MANTO."

NOTA: Esta declaración es del Sr. B.: "Al cabo de 3 semanas del día señalado que la Sra. B. menciona en el último capítulo de este libro, ella misma estaba haciendo todas las tareas de la casa; además visitaba enfermos y estaba atendiendo continuamente a otras personas. Al cabo de dos meses aproximadamente estaba definitivamente entregada al servicio cristiano.

Puedo decir honestamente que desde entonces, de lo cual hace muchísimos años, ha realizado el trabajo de dos personas, y que en la actualidad es mucho más activa y carga con mucha más responsabilidad que la mayor parte de las personas."

H. E. B.

El borde de Su manto

Cuando aquella mañana entré en la pequeña iglesia, se oían por todas partes susurros de excitación y algún que otro sollozo, porque un par de personas estaban llorando; luego se hizo un silencio provocado por la expectación, un silencio profundo. Después de contar en pocas palabras lo que había tenido lugar, el Sr. B. me pidió que hablara. Mi corazón lo sentía lleno hasta rebosar, porque se me estaba dando la oportunidad de hablar de Jesús y de Su poder, de hablar de Su maravillosa compasión, de Su amor y de lo dispuesto que está a responder a las oraciones. Sentía dentro de mí un amor muy profundo por aquellas personas por quienes El había muerto; sentía un ansia tremenda por que también ellas Le conocieran en toda Su plenitud, como le había conocido yo. Yo, que muchos años antes había hablado en público sin pensar en El ni en Su gloria, tenía ahora un único deseo, y era que "Le conocieran, y el poder de Su resurrección, para que todo fuera hecho únicamente para Su gloria." (Filipenses 3:10). "A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejantes a El en Su muerte." Las veía como ovejas hambrientas, a quienes sólo El podría satisfacer. Yo las amaba con un amor que jamás había sentido antes por el género humano. Algunos de los que estaban allí Le conocían como nosotros, otros no, y por éstos hubiera dado mi vida encantada si con eso Le hubieran podido conocer. Los sufrimientos por los que yo había pasado me habían dado, al menos hasta cierto punto, una "disposición para el Calvario."

Mi corazón estaba demasiado lleno para poder hablar mucho aquella primera vez en que se me dio la oportunidad de testificar de El y de hablar de la maravilla que El había obrado para mí, de modo que abrí la Biblia y leí la parte de aquella mujer de la antigüedad que había sufrido muchos males, y que al tocarle fue sanada. "Y he aquí una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía 12 años, se le acercó por detrás y tocó el borde de Su manto; porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto seré salva. Pero Jesús, volviéndose y mirándola dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer fue salva desde aquella hora." (Mateo 9:20,21,22). Allí de pie me pareció verla, una mujer cuya experiencia había sido muy parecida a la mía, que sufriendo y penando se abrió paso entre la mul-

titud hasta que cansadamente cayó de rodillas, estirándose hacia El en el momento en que pasó. Yo sabía exactamente cómo se había sentido, indigna de que El se volviera y la tocara. Yo sé por qué no le pidió que la sanara ni le gritó en alto como otros habían hecho; ella quería esperar allí a que El se acercara un poquito más, y entonces extendería la mano y tocaría suavemente "EL BORDE DE SU MANTO." Y dije en alto: "Oh mujer de días pasados, yo sé, yo te entiendo, porque yo también he tocado "EL BORDE DE SU MANTO."

Para ti

Publicamos el siguiente capítulo para las personas que estén pensando en dar un paso definitivo de fe. Lo ponemos como añadido con la esperanza de que te dé ideas prácticas acerca de la fe apropiadora.

"Dios no hace acepción de personas." ¿No te aventurarás TU a confiar en las promesas de Dios? ¿Acaso no eres capaz, como cristiano, de arriesgarte con Sus promesas para llegar a nuevos dominios de fe y de bendiciones? ¿No eres capaz de arriesgarte para escalar y llegar más alto? ¿Tan cobarde eres, tan falto de valor, que no eres capaz de lanzarte pisando sobre las promesas de Dios y jugándotelo todo a Su fidelidad? No importa que Pedro se hundiera por un momento entre las olas, por lo menos tuvo el valor de "arriesgarse a salir." ¿Nos quedaremos siempre dentro de los mismos límites? Si no nos arriesgamos y ponemos a prueba Su Palabra, nunca sabremos lo que quiere decir con eso de "cosas grandes y ocultas" que menciona en Jeremías 33:3. "Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces." Su Palabra dice que El te llevará "al lugar espacioso" y te "mostrará una cosa nueva."

Claro, me dirás: "¿Cómo puedo tener yo una fe triunfadora como ésa? ¿Cómo podría yo apropiarme de esas promesas? ¿Cómo podría yo ponerlas a prueba?" En las páginas siguientes te damos de una forma muy breve unos consejos prácticos sobre "Cómo obtener cosas de Dios."

PRIMERO: EMPIEZA CON UN CORAZON LIMPIO

Por supuesto, queda entendido que para obtener cosas de Dios debemos estar en buenos términos con El. Todo pecado sin confesar hará que disminuya la fe que puedas tener. Cualquier cosa que no hayas sometido a Dios se te pondrá delante y te acusará en gran manera en la hora de la prueba. No dejes que esto te desanime, porque Dios no pide perfección. Sólo pide que Le entreguemos nuestras voluntades a El, que lo hagamos lo mejor posible según nuestras fuerzas y con todo nuestro corazón. Muchos tropiezan en esto, porque dicen: "Ah, yo no soy lo bastante bueno, a lo mejor otros se lo merecen, pero yo no." Aunque a lo mejor en su corazón tienen un gran deseo de hacer lo correcto y anhelan de verdad agradar al Señor. Eso es todo lo que pide El, un sometimiento total, una rendición absoluta, que lo pongamos todo en el altar: ya se encargará El del resto. Clamemos, como el David de la antigüedad: "Crea en mí un corazón limpio, oh Dios, y renueva un espíritu recto

NOTA: Te recomendamos que te consigas un ejemplar de "Arroyos que nunca se secan", en el cual la autora de este libro expone ampliamente los principios de la fe, es decir, "Cómo apropiarse de las promesas de Dios".

dentro de mí." "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos."

* * * * *

SEGUNDO: PREPARATE CONCIENZUDAMENTE;
APRENDE PROMESAS DE MEMORIA.

Cuando le pedimos algo a Dios, es absolutamente necesario que nos apoyemos en la autoridad de Su Palabra. Hemos de tomar Sus promesas y no sólo aprenderlas de memoria, sino conseguir que se metan muy hondo en nuestros corazones y lleguen a formar parte de nuestro ser. Tenemos que descubrir la autoridad de la Palabra de Dios, y entonces la fe vendrá de por sí. Es imposible tener fe para nada si no estás seguro de que Dios te da la autoridad para pedirlo; resulta imposible recalcar demasiado la necesidad de aprender de memoria algunas promesas destacadas. A continuación te daré algunas a las que han recurrido muchos luchadores de la fe desde hace muchos años. Daré las referencias para que tú mismo las busques: Marcos 11:24, Marcos 9:23, 1 Juan 5:14,15 y Jeremías 33:3. Aunque no puedas memorizar muchísimas promesas, una o dos bastarán para fortalecer tu fe en la hora de la prueba, de tal modo que te preguntarás cómo es que pudiste arreglártelas sin conocerlas hasta entonces.

* * * * *

TERCERO: SE PRECISO

Cuando hacemos un trato con Dios, tenemos que ser precisos. El ha sido muy preciso con nosotros, nos ha dado promesas concretas que ha expuesto en términos precisos, tan sencillos que hasta un niño puede entenderlos. Has de ser preciso con El. Cuando hacemos negocios con alguien, somos precisos, sobre todo cuando es un asunto importante en el que hay dinero de por medio. Nos tomamos todas las precauciones necesarias para entendernos bien. Decimos que estamos "haciendo un trato" o "cerrando un trato" con una persona determinada, y cuando llega un determinado momento, firmamos en el espacio correspondiente y de forma muy precisa y cuidadosa cerramos el trato. Pues de igual forma, cuando cerramos un trato con Dios hemos de ser precisos. Tiene que haber un momento preciso en el que, por así decirlo, firmamos en el espacio correspondiente que queda debajo de Sus promesas, Le tomamos la Palabra y cerramos el trato. En ese momento, ya está; a partir de ahí y para siempre lo contamos como un trato concluido. Toda nuestra actitud ya cambia, la esperanza se ha convertido en fe. Fe, la creencia en cosas que NO se ven.

Qué pena me da que nos resulte tan fácil creer la palabra de los hombres y ser tan precisos en los tratos que hacemos unos con otros, mientras que en nuestros tratos con Dios somos tan imprecisos, tan sosos, como si la oración fuera una especie de formalidad que tenemos que cumplir, que en realidad no tiene significado. ¡Seamos PRECISOS con Dios!

* * * * *

CUARTO: CUENTA CON QUE DIOS TE LO CONCEDE.

Se dan más fracasos en la vida de oración que en ningún otro aspecto, por la sencilla razón de que empezamos cantidad de peticiones sin nunca esperar la respuesta; sólo las mandamos para arriba y seguimos mandando otras para arriba sin una auténtica actitud expectante, sin contar con recibir respuestas, hasta que los músculos de nuestras almas se vuelven flojos por no ejercitar nuestra capacidad de receptividad.

Hay dos tipos de cristianos: los que oran esperando que ocurra algo, y los que sólo oran pero que no esperan que ocurra nada. La oración es en principio un medio para alcanzar un fin, es un lazo de unión entre las necesidades humanas y los recursos divinos, es el llanto que suelta un niño delante de su Padre, **CONTANDO** con que el gran corazón del Padre disfruta más dando que incluso el niño recibiendo.

Hay algunos cristianos ejemplares, en cuyas vidas es casi imposible encontrar un defecto, y que pocas veces reciben cosas de Dios, sólo porque fallan en esto, porque no tienen esta actitud de estar a la expectativa, no tienen ni idea de este gran principio de la fe. Aman a Dios y confían de verdad en la Biblia, considerándola la Palabra de Dios, pero no tienen nada de una auténtica actitud de estar a la expectativa. ¡Qué lástima, cómo debe de herir al Infinito tener hijos que oran sin cesar sin jamás manifestar una auténtica actitud expectante!

* * * * *

QUINTO: ACEPTA DE DIOS.

"Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá." "ORANDO, ¡CREED!" De verdad que es asombroso el número de personas que después de pedirle a Dios que dé algo, ¡esperan también que lo TOME! Queremos que, sin nosotros hacer el menor esfuerzo, descienda y nos lo coloque en el regazo, y eso es lo que El está dispuesto a hacer, pero con Sus condiciones, que son las siguientes: "CREED QUE LO RECIBIREIS, y os

vendrá." El tiene derecho a fijar Sus condiciones; ¿qué menos podría pedir que que le honremos y creamos Su Palabra? Su Palabra no dice que sin perfección es imposible agradar a Dios, pero lo que sí dice es que sin FE es imposible agradarle. Si sientes deseos de agradar a Dios, simplemente honra Su Palabra teniendo fe en algo que por ti mismo te sería imposible obtener. ¡Da un paso de fe y lánzate a lo imposible! "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que NO se ve." Pero si esperas a VER antes de creer, eso NO es tener fe. No se trata de lo que vemos, porque "el justo vivirá por fe"; y eso no es según lo que sintamos, sino según lo que afirme la fe. Lo que cuenta no es lo que sintamos, sino lo que Dios dice al respecto. Con fe se considera la cosa pasada, realizada; ya está, sencillamente porque Dios lo dice; ya lo tenemos."Pero", dirás, "no lo veo; no lo toco, de modo que en realidad no sé si lo he recibido." Pero SI que lo sabemos, porque Dios LO DIJO, y Su Palabra basta. Creemos, no porque ninguno de los sentidos así lo testifique, sino por el testimonio de Dios. "Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso." Yo sé lo arraigado que tenemos el deseo natural de tener alguna evidencia visible de que se nos ha concedido nuestra petición; pero si tenemos alguna otra evidencia que no sea la Palabra de Dios, ya no es fe lo que tenemos; el hombre o mujer que vive por fe no necesita ninguna otra evidencia.

¿Te das cuenta de que llega un momento en que ya "no se debe orar"? ¿Cuándo ya no tiene sentido que le sigamos haciendo la petición al Señor? "Y el Señor le dijo a Josué: 'LEVANTATE; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?'" Este versículo se explica por sí solo: Este hombre del que trata la historia había estado suplicándole a Dios que le concediera el deseo de su corazón, y conforme vamos leyendo, da la impresión de que continuó suplicando mucho tiempo después de que Dios ya le había oído y la respuesta estaba en camino. Así que el Señor le reprocha que siga así tanto tiempo y le dice muy claramente que ya es hora de que se levante y se ponga a trabajar en sus asuntos, porque el Señor ya le había oído y no había necesidad de que siguiera orando, a El no le hacía falta. No cabe duda de que llega un momento en el que seguir orando manifiesta INCREDLIDAD. Es posible SEGUIR ORANDO HASTA QUEDARSE SIN FE. Tomémosle la Palabra, y CONSIDEREMOS LA COSA COMO HECHA, y lo está, ¡porque El lo dijo!

SEXTO: MANTENTE EN TUS TRECE.

Entonces, "habiendo acabado todo, ESTAD FIRMES." Estar firme significa conservar el terreno ganado, y no rendirse ni huir. De igual forma, el que va a recibir algo de Dios toma una promesa de Su Palabra, se afirma sobre ella, y a partir de entonces cuenta absolutamente con ella, pase lo que pase después de haber reclamado esa promesa; y aunque no pueda ver ni un paso por delante de él, sigue adelante absolutamente según sus cálculos. Dice: "Ahí atrás reclamé esa promesa al Señor, y sigo afirmándome sobre ella, aunque sólo me rodee la oscuridad." No se dedica a mirar las olas que le rodean, la niebla ni la tormenta, que son las circunstancias, sino que mantiene su mira sencillamente en la promesa de la Escritura, "plenamente convencido de que El es poderoso para hacer todo lo que ha prometido"; como dijo alguien: "Por cada mirada que des a tu problema, da cien miradas a las promesas de Dios."

* * * * *

SEPTIMO: PON TU FE EN ACCION.

La persona que obtiene cosas de Dios PONE POR OBRA SU FE. Santiago 2:17-26: "Porque como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta." ¿Qué es lo que es una fe muerta? Es una fe que no OBRA. Una fe que no es EFICAZ. La auténtica fe no es algo pasivo, sino que si uno tiene fe de verdad, actúa según lo que cree. Se trata de algo práctico, uno no espera que Dios haga lo que sólo nosotros podemos hacer. Una persona creyente pone su fe en acción. Cuando le ha pedido a Dios algo, procede como si lo poseyese. Cuando le toma la palabra a Dios con alguna promesa, la palabra se hace obra para ella, y procede exactamente como si poseyera ya lo que desea (y en realidad lo posee por su fe creyente), aunque los sentidos naturales le nieguen a cada paso lo que la fe afirma ser verdad.

La Biblia ilustra maravillosamente esta idea con el ejemplo de los leprosos a quienes Jesús dijo que se fueran a mostrar al sacerdote como condición para ser limpiados. Dicen las Escrituras: "Y MIENTRAS IBAN, fueron sanados": esto es, cuando pusieron su fe en acción, Dios les respondió. Si nos esforzamos con voluntad creyente, Dios honra ese paso que damos y nos responde. En el caso del hombre que tenía un brazo seco, Jesús dijo: "Extiende tu mano"; al hombre le resultaba imposible extender la mano, pero cuando Cristo se lo mandó,

se esforzó y su mano fue sanada del todo.

La fe se asienta en la voluntad, y yo he aprendido que Dios desde luego nos pide que pongamos nuestra fe en acción. Alguien ha dicho que "Cuando la fe va al mercado, se lleva un cesto." Como aquella señora que se dirigía a una reunión de oración en la que iban a pedir lluvia porque había una sequía. Era un día muy seco en que hacía mucho calor, y ella llevaba consigo su abanico. ¡Y resulta que se avergonzó de su poca fe cuando de camino a la reunión se encontró con una niñita de 8 años que llevaba botas de goma, impermeable y un paraguas! Aquella niñita tan sencilla y confiada sí que estaba poniendo su fe en acción.

* * * * *

OCHO: DALE GRACIAS POR EL DON.

¡Dale gracias ya por la respuesta! Alábele por Su fidelidad. Aunque todavía no te hayan entregado el paquete a la puerta, ya has cerrado el trato con El por medio del teléfono real, ¡y en tu corazón confías muy dulcemente en su promesa a la espera de que suene el timbre!. Este es uno de los versículos más encantadores de la Palabra de Dios: "Los que han creído, han entrado en el reposo." Empezamos con oración, pero terminamos con alabanza. "A ninguna de todas Sus promesas ha faltado"; "El cielo y la tierra pasarán, pero Mi Palabra no pasará"; "Las promesas de Dios son sí y amén, para la gloria de Dios." ¿No vas TU a estirar la mano para TOCAR EL BORDE DE SU MANTO?

Fundamento espiritual

Isaías 53:4-5: "Ciertamente llevó El nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... y por Su llaga fuimos nosotros curados."

Mateo 8:16,17: "Sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias." "Sanó a todos los enfermos." "Todos los que Lo tocaron, quedaron sanos."

Juan 14:12: "De cierto, de cierto os digo: el que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre."

Marcos 16:15-18: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura... Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; **SOBRE LOS ENFERMOS PONDRAN SUS MANOS, Y SANARAN.**"

Santiago 5:14: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados."

3ª de Juan 2: "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma."

Romanos 8:11: "Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, El que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros."

Salmos 103:2,3: "Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de Sus beneficios. El es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias."

